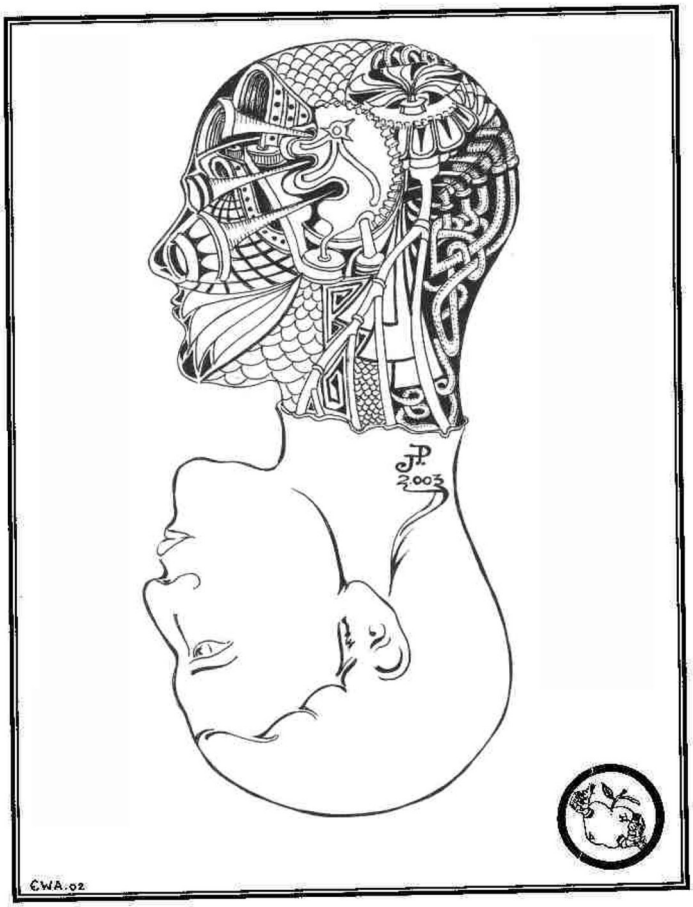
LA REBELIÓN DE LAS MÁQUINAS



LA REBELIÓN DE LAS MÁQUINAS

Redactores: JLM y JCJ. Nº15. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Tenemos horror a los adelantos tecnológicos. O quizá ese horror esconde otro mucho mayor: el temor al futuro. Por eso este número. Porque, desde hace mucho tiempo, siempre surgen los agoreros de la modernidad que amenazan con terribles consecuencias para la humanidad si el hombre sigue probando frutas prohibidas o robando prometeicos fuegos divinos con los que alumbrar su existencia. Ya en la Biblia cae la desgracia sobre el hombre cuando prueba la fruta de la Ciencia del Bien y del Mal. ¿Acaso hay algo peor que saber demasiado?

No sospechábamos al empezar a redactar este número que nuestro título se iba a hacer famoso antes de su edición, sirviendo de nombre a una película catastrofista: la tercera entrega de los terribles Terminator, serie en la que la construcción de robots por parte del hombre convierte a este último en víctima de su tecnología. ¡Arquetípico!

Es frecuente en la literatura de lo que se viene llamando ciencia-ficción recurrir a la amenaza tecnológica para elaborar una bonita historia. Si uno se fija bien, desde el famoso Frankestein –el nuevo Prometeo que llamó su creadora- han aparecido en la literatura una y otra vez los sabios locos o sensatos, decentes o malvados que se ponen a explorar lo desconocido y se tropiezan con todo tipo de desgracias. Desde hace décadas, también el cine vive de estas catástrofes científicas o tecnológicas, que suelen constituir bombazos taquilleros. Un ejemplo: con tantos buenos escritores de ciencia-ficción como hay, el de más éxito en nuestro tiempo es un señor llamado Michael Chrichton en cuyas novelas –baste como ejemplo el archiconocido Parque Jurásico- los científicos atraen sobre la humanidad una desgracia tras otra por no reconocer sus límites y querer ir más allá, explorando lo desconocido o lo prohibido, suplantando a los dioses. Incluso de un ingeniero optimista como

Arthur C. Clarke sólo se ha llevado al cine con éxito una novela –la famosa odisea del 2001- y bien alterada por su director para que el eje central sea la terrible computadora Hal enfrentada a sus creadores. ¡Menuda imagen que se da así de la ciencia, la tecnología y el progreso!

Da la impresión de que el problema no está en este mundo tan complicado sino en nuestras mentes primitivas que nos hacen añorar al mono que llevamos dentro, la inocencia selvática, la ignorancia y hasta el misterio que daba magia a las vidas del pasado. Si se lo hubieran dicho a Darwin… Pero dejemos a este buen señor para otra ocasión más propicia.

Nuestras mentes gustan de las seguridades, lo conocido, la tradición. Nos cuesta horrores adaptarnos al cambio, que en nuestros días es imparable y continúa en plena aceleración. Así, nuestras leyes son incapaces de asimilar y regular las consecuencias de las nuevas tecnologías de la información o de las técnicas de manipulación genética o de reproducción asistida. Entre las características más sobresalientes y comunes de la humanidad hay que destacar el odio a la novedad.

Y, sin embargo, ¿qué ha cambiado más el mundo en los últimos siglos que esas tecnologías que tan difícilmente se admiten y una vez asimiladas parecen imprescindibles? Toca ahora decir eso de que la ciencia, también la tecnología derivada de ella, es buena o mala según como se aplique. Es obvio. Pero eso no evitará que cada día nuevos fanáticos demonicen el progreso y gente normal, incluso abierta a la novedad, se asuste ante cada nueva invención.

No, nunca podremos evitar ese terror irracional a nuestra propia capacidad de creación que, seamos o no conscientes de ello, tenemos la convicción de que algún día nos destruirá. En nuestra imaginación siempre aparecerá la imagen de un mundo desierto, o un planeta que explota, o una máquina que nos quita el pan de la boca o, peor aún, un robot inteligente que supera a su creador y decide prescindir de su molesta presencia.

No merece la pena inquietarse. El mundo seguirá su ciego avance independientemente de lo que te preocupes. Quizá sólo por eso merece la pena confiar en que la ciencia resolverá todos los

problemas que ella misma nos plantea. Si en algo hay que creer, quizá sea mejor ser el tecnócrata que toma por religión este progreso mecánico de nuestros días. Pero, ¡qué difícil es dejar de añorar la sencillez de un mundo que cualquiera puede comprender!

BIOTECNOLOGÍA

La televisión es nutritiva, pero sobre todo lo parece la publicidad que ponen para aconsejarnos acerca de nuestra dieta y abrirnos los ojos a los alimentos sanísimos e hipervitaminados que las nuevas tecnologías ponen en nuestras manos gracias al esfuerzo ímprobo y desinteresado de las grandes empresas de la alimentación.

Y, cómo no, yo me parto de la risa cada vez que los veo. Aunque también me indigno y me da lástima toda la gente que no comprende que la están engañando vilmente.

Tantos productos bio, tantos preparados enriquecidos, desengrasados y hasta de diseño hacen que un consumidor cualquiera que no sepa mucho del asunto se quede mareado y se crea cualquier cosa que le digan. Una vez convencido de las maravillas de la alimentación moderna, se lanzará como un poseso a la tienda para comprarse los "acidófilus", los "omegatres" y todo el abecedario en vitaminas.

Entiendo que el ciudadano de a pie crea que si ponen esos anuncios en la tele, la radio o la prensa y no les obligan a quitarlos es porque dicen verdades como templos, "científicamente comprobadas", como está tan de moda -y tan injustificadamente- decir en muchos de esos anuncios.

La realidad es que la falta de una comprobación en contra de lo afirmado o bonitos juegos de palabras del estilo "donde dije digo, digo Diego" hacen que sea muy difícil acusar de mentirosos a los publicistas. En todo caso, si lo dicho es falso y alguien lo denuncia, basta con sustituir el viejo anuncio y preparar otro nuevo donde se digan nuevas chorradas. Porque eso son la mayoría de las veces, simples sandeces truculentas para engañar al confiado y preocupado consumidor.

Lo que no entiendo tan bien es que esos consumidores, supuestamente tan preocupados por su nutrición como para gastarse

un dineral extra en adquirir esos alimentos tecnológicamente avanzados en lugar de los baratos de toda la vida, no tengan la curiosidad de informarse antes de adquirir lo que la moda bio les dicta. Me temo que, al margen de esa cierta preocupación, también existe un punto de esnobismo que les anima a gastarse los cuartos para luego poder presumir –y autoconvencerse- de comer sano.

Se me dirá, claro está, que está muy bien esto de poner el dedo en la llaga, pero que sería mucho más útil ejemplificar el asunto con casos concretos y descubrir alguna de esas mentiras biotecnológicas de las que hablo. Pues es verdad. Y eso es lo que voy a hacer, aunque no voy a nombrar marcas completas ni me voy a referir a todos los productos del mercado que mis pobres conocimientos me permiten identificar como engañabobos. Para muestra basta un botón y yo voy a exhibir unos cuantos de ellos. Los demás, espero que os generen la suficiente curiosidad como para informaros por vuestra cuenta.

Para empezar, una simple consideración: algunos de esos supernutrientes que se nos anuncian están en muchos alimentos de consumo habitual y no es necesario ni, a menudo, recomendable, incorporarlos de una fuente externa. Ocurre en ocasiones que los nutrientes se absorben mejor de su fuente de origen. En otras, que el exceso de nutriente puede no ser muy saludable, como bien atestiguan los casos de las hipervitaminosis A y D. Pero, claro, eso no se nos indica en la publicidad.

Ahora tocan las muestras:

1. Las margarinas nunca podrán ser alimentos equilibrados puesto que son grasa casi pura (salvo algún aditivo o relleno) por más que les pongan vitaminas. Si, además, tenemos en cuenta que se trata de grasas hidrogenadas y en ocasiones contienen ácidos grasos extraños (llamados trans por la distribución de grupos en sus dobles enlaces) cuyo efecto sobre la salud es, cuando menos, dudoso, habrá que pensar que algo falla en los anuncios.

2. A juzgar por la publicidad, las grasas deben de ser malísimas (salvo para untárselas por la piel en productos de belleza). Aunque la Organización Mundial de la Salud nos recomienda que entre un 20-30% de nuestra dieta sean grasas. Conviene que predominen las

insaturadas: vegetales o de pescado. Pero, claro, si le añades aceite de pescado a la leche queda más bonito llamarlo "omega tres" que suena muy tecnológico en vez de ácidos grasos omega tres (que es su nombre y se refiere a su estructura) que suena a grasa insalubre. Por cierto, que basta con tomar pescado azul (sardinas, por ejemplo) para tener una dosis suficiente, en lugar de leches desengrasadas y engrasadas luego con pescado o aceites vegetales.

3. La supersana soja que contiene los misteriosos flavonoides, es una legumbre como tantas otras. Conque las flavonas (pigmentos vegetales cuyo posible efecto antioxidante tan de moda está y que se relacionan con la vitamina B_2 o riboflavina) también se encuentran, por ejemplo, en un plato de judías que, claro está, suena más rústico y antiguo. Es curioso que no nos mencionen que la soja es de los pocos productos vegetales con proteínas completas: es decir, que contienen todos los aminoácidos esenciales.

4. Los efectos de productos lácteos de fermentación no son milagrosos ni nos aseguran la salud. El descubridor de los leucocitos fue quien planteó esta posibilidad partiendo de una premisa de lógica aplastante: si los búlgaros (?) eran los más longevos de Europa y se caracterizaban (?) por tomar yogur búlgaro, eso significaba que era el yogur con sus fermentos el que favorecía la longevidad. Este buen señor inauguró las llamadas sociedades lácteas donde todos se hinchaban a yogur. Y el caso es que el señor Mechnikoff (apellido del sujeto) se murió a la "avanzadísima" edad de 70 años. Al margen de los beneficios de esta dieta y de su efecto real sobre la flora bacteriana intestinal, lo que resulta gracioso es que nos presenten los nombres de los "bichitos" con tanto arte. Por un lado los *L. casei immunitass* no existen como tales. La "L" significa Lactobacilos pero, claro, la palabreja suena lo bastante mal como para obviarla y la tercera palabra (immunitass) hace referencia a una supuesta variedad o subespecie cuya dudosa descripción parece más de interés comercial que microbiológico. Y *Bifidus* también es una bacteria, aunque quede mal el decirlo.

5. NADH no es el nombre del último ingenio nuclear sino el de una coenzima (una molécula que ayuda al funcionamiento de otras y que interviene en oxidaciones y reducciones) que se fabrica en nuestro

cuerpo a partir de una vitamina, así que, eso de que da energía instantánea, aparte de ser una chorrada de nuevo cuño, olvida mencionar que la dichosa molécula se puede fabricar sin necesidad de tomarla a cucharadas.

6. El famoso fólic no es otra cosa que ácido fólico, otra vitamina del grupo B. ¿Acaso los publicistas piensan que colocar la palabra ácido delante les reduciría las ventas?

Podría seguir media hora más con el asunto. Pero no tengo ganas de predicar en el desierto. Podría hablar de la fibra milagrosa, de las vitaminas energizantes (?), de los suplementos minerales, del ginseng, el fósforo, la jalea real, los glúcidos lentos, las dietas hiperproteínicas, los laxantes camuflados de adelgazantes, las bebidas refrescantes, los zumos, las hamburguesas y pizzas, la carne sin grasa, los edulcorantes artificiales y los productos sin azúcar, los batidos y barritas energéticas, los aceites vegetales milagrosos, la naturalidad de los productos bio (¿acaso los demás son artificiales?), los precocinados, las leches desnatadas y vitaminadas, los alimentos light… Pero acabaría harto, aburrido e inútilmente afónico. Así que, antes de que se me hinche la vena del cuello, se me altere la presión arterial y mi arteriosclerosis favorecida por mi inmunda dieta haga el resto, mejor os recomiendo que os informéis por vuestra cuenta y luego juzguéis mis palabras.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA MUERTE DE LA ÚLTIMA NINFA Y LAS LIMITACIONES PARA LA ELIMINACIÓN DE METALES PESADOS EN SUELOS Y RÍOS

La última dríada del bosque
murió ahogada en un pantano de fango y cieno,
donde los nenúfares hace tiempo se pudrieron
y los metales pesados ocuparon su espacio
junto al DDT.
La huella de la muerte es cada día más clara;
ya no deja su fragancia entre los juncos del río.
Las orillas de arena fina que se dibujaban en los

remansos del cauce

son vertederos de alquitrán y plásticos indestructibles.

La última dríada del bosque

murió ahogada en un pantano de fango y cieno.

Ahogada por la imparable e indestructible necesidad de dominar la naturaleza.

La última dríada del bosque

no ha parado de morir cada día.

Su muerte cotidiana nos arrastrará hasta el fondo del infierno.

Allí descubriremos su increíble parecido

al mundo que dejamos.

Antonio Jesús López Jiménez

INADAPTADO TECNOLÓGICO

Este es Jose, así, sin acento ortográfico, a pesar de lo que digan las normas generales de acentuación y sus anteriores profesores. Y es que lo suyo es llano o grave, como su nombre sin tilde.

Llano porque no destaca, porque pasa por la vida como un suspiro, sin ruidos ni tracas, ya que no tiene nada que festejar (casi ni sus cumpleaños)… y lo de grave es que ese adjetivo define su situación actual (y quizá futura).

Su panorama vital pasa por seguir en la casa paterna hasta que se recicle profesionalmente. Ve que está anticuado antes de poner en práctica los conocimientos teóricos universitarios. Y todo por el mundo, cerrado para él, de la tecnología, con su vorágine evolutiva; cuando parece que está en sintonía con ella descubre amargamente que sigue obsoleto y vuelta a empezar con cursillos. Parece un moderno Sísifo. Piensa en la suerte de tener cubiertas las espaldas con el apoyo paterno pero no está tranquilo. Los años pasan y… tal vez tenga que dejar a un lado su sueño de ser un economista brillante y dedicarse a una tarea manual (piensa en algunos compañeros de carrera que están en el servicio de limpieza, de camareros, celadores o dependientes). Se promete intentarlo una vez más mientras alterna momentos de autoestima alta con el de sentirse un inútil gusano que se arrastra por

un impulso vital pero sin ver un horizonte nada claro. ¡A ver si cambian las tornas! Es el pensamiento que más se cruza por su mente.

Sí, ya lo decían los antiguos: "Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad" y encima con música para que la píldora se trague mejor. ¡Qué sarcasmo!

¡Que inventen ellos! Piensa (como pensaron y pregonaron otros) en un momento de moral por los suelos mientras acude a matricularse por enésima vez. ¡A ver si ésta es la definitiva!

P.A.M. 213

EL CAZADOR

Es difícil admitir que uno está huyendo. Y Jonás nunca iba a aceptar que era eso precisamente lo que hacía. Pero la realidad es que el viajero nunca iniciaba sus viajes sin haberlos planificado al detalle y mucho menos sin haberse asegurado del perfecto estado de Betsie y de que el equipamiento de la nave fuera completo.

Pero esta vez todo había ido mal. Y había sido por culpa de la precipitación, por su inconfesado deseo de escapar de aquel terrible mundo de los Pwarkj. Supuestamente había tenido tiempo de sobra para planificar su viaje hasta Penternáss, tiempo más que suficiente para reparar todas las pequeñas averías de la nave, para cargar suficiente combustible, para comprobar el buen funcionamiento de todas y cada una de las máquinas. Si le hubieran preguntado antes de partir, Jonás habría dicho que todo estaba bajo control. Es más, habría afirmado con completa rotundidad, y quizá sinceramente, que el chequeo de Betsie había sido completo; el resultado satisfactorio. Pero, sin duda, aquella impresión había sido engañosa pues, de otro modo, Jonás y su Betsie no se encontrarían ahora en medio de ninguna parte y con la mitad de los propulsores en mal estado, la nave inutilizada para realizar un solo salto más y proseguir su singladura interestelar.

Y todavía debía considerarse afortunado. Porque el fallo generalizado de los sistemas de navegación no se había producido en el espacio profundo sino dentro de un sistema solar, en las inmediaciones de un planeta. Un golpe de auténtica fortuna, aunque sólo sirviera,

aparentemente, para cambiar una muerte segura por un simple naufragio y para convertirse en un Robinson con su inmensa isla desierta.

Hablar de isla, naufragio y robinsones, podría parecer cosa rara cuando uno se encuentra dentro de su nave flotando en el espacio infinito y preso de la gravedad de un sol cercano y de un planeta gigantesco y gaseoso aún más próximo. Pero la ironía para Jonás era que en aquel sistema desolado no había vida, ni rutas comerciales, ni tan siquiera -por lo que él sabía- una simple colonia artificial. Luego Jonás era realmente náufrago de una isla infinita, y tenía derecho, por tanto, a sentirse aún más solo y abandonado que aquel que se pierde dentro de su propio planeta.

Si Jonás hubiera sido un tipo especialmente racional, pronto habría asumido la realidad de la situación: estaba perdido con su Betsie junto a un gigante deshabitado y jamás podría volver a la civilización. Eso le habría conducido a la resignación o a la desesperación, pero, en todo caso, lo habría vuelto inactivo o, en el peor de los casos, autodestructivo. Pero Jonás, como el resto de miembros de la especie humana, no era tan racional como gustaba de presumir y fue por eso por lo que, pese a la imposibilidad material de encontrar una vía de salvación, se aplicó voluntariosamente a su búsqueda.

Los motores de fusión de Betsie y los generadores hiperespaciales estaban estropeados y Jonás no disponía de herramientas, materiales ni capacidad para repararlos. Pero aún funcionaban los pequeños reactores auxiliares y, proporcionándoles combustible –como el propio hidrógeno para la fusión y una porción de oxígeno- podían servirle para desplazarse por aquel sistema solar a velocidades sublumínicas. A esa velocidad nunca llegaría demasiado lejos –nunca, desde luego, a otro sistema solar en el tiempo que le quedaba de vida-, pero sí podría acercarse a algún planeta o satélite rocoso con la esperanza de hallar los materiales que necesitaba, aunque no supiera cómo emplearlos.

Así que, en vez de quedarse quieto, Jonás se preocupó, primero, de comprobar que las turbinas de sus reactores fueran capaces de mover a Betsie y, segundo, de buscar, con ayuda de los

sensores de la nave y la información de su computadora, un destino posible dentro de aquel sistema solar desconocido.

Jonás no esperaba gran cosa de aquella frenética actividad, salvo, quizá, evitar volverse loco aguardando la muerte –no se sentía capaz de acelerar el proceso por su propia voluntad-, pero aquella máxima de que mientras hay vida hay esperanza le sirvió al viajero para toparse con la fortuna que le había faltado hasta el momento. Y es que su vieja Betsie le encontró un planeta de tamaño terrestre, con temperaturas, atmósfera e índices de radiación aptos para la vida de un débil humano como él. Según la computadora, ese mundo no debía estar allí. Como tampoco debía haber vida en su superficie. Pero la realidad era muy otra porque, al cabo de cinco semanas de lento viaje sublumínico hasta aquel planeta rocoso que se desplazaba en una órbita interior, el instrumental de Betsie pareció volverse loco y empezó a registrar ya no sólo trazas de gases o moléculas inorgánicas, sino increíbles evidencias de que aquel mundo estaba cubierto por todo tipo de seres vivos a modo de plantas que, quizá, también podrían ocultar seres más activos y complejos.

Jonás, aun sabiéndose perdido, no pudo evitar la sensación de euforia. Su pérdida ya no le parecía ridícula ni inútil, sino que el investigador que anidaba en su corazón le animaba a explorar las maravillas de aquel mundo desconocido en el que su aparente mala fortuna le había obligado a recabar.

El viajero tomó tierra en aquel mundo extraño. Posó a Betsie en una altiplanicie aislada entre un mar de lo que parecían árboles –enormes tallos lisos de color violeta que en su extremo superior desplegaban inmensos parasoles que, merced a algún proceso fotosintético, liberaban oxígeno y energía en presencia de luz-, un lugar, a fin de cuentas, fácil de proteger por si existieran peligros indeterminados y un buen observatorio desde el que examinar los alrededores.

Allí en su oteadero colocó Jonás diversos instrumentos de investigación e incluso montó una antena receptora por si, milagrosamente, podía captar mensajes de gente civilizada.

Dispuesto a pasar el resto de sus días en aquel planeta, Jonás se sentía optimista ante la perspectiva de explorar un nuevo mundo.

Cartografiar y nombrar sus paisajes. Catalogar su flora, su fauna si la había. No confiaba, obviamente, en encontrar seres inteligentes que le permitieran desarrollar su más querida afición: la sociología. Pero un náufrago no puede pretender que la suerte lo acompañe hasta en sus menores deseos.

Como la antena instalada no recibió ninguna señal del planeta ni del exterior del mismo, Jonás asumió que el mundo estaba deshabitado y, como ya suponía, alejado de cualquier ruta comercial que hiciera posible su rescate. Así las cosas, no cambió un ápice sus proyectos. Primero de todo, debía asegurar su campamento. Segundo, iniciar sus labores exploratorias. Con dos claros objetivos: el primero buscar los improbables materiales con que arreglar a Betsie. A la vez, y más factible, conocer aquel mundo nuevo. Para Jonás, admitido lo improbable de escapar de allí, era suficiente premio a su insistencia la posibilidad de escribir el primer tratado exhaustivo sobre aquel planeta y enviarlo al espacio. Cuando alguien recibiera la transmisión, una misión viajaría al planeta de Jonás, donde encontraría al héroe muerto entre los restos de su campamento, y comprobaría la veracidad e interés de sus múltiples hallazgos.

El planeta de Jonás. A nuestro héroe le encantaba cómo sonaba aquello. De pronto pensó en la necesidad de poner nombre a aquel mundo ignoto. Y estuvo a punto de llamarlo, simplemente, Jonás, pero decidió que aquello requería de meditación. Igual que le iba a hacer falta mucha imaginación para inventar los nombres de toda una geografía por descubrir y todo un catálogo de seres vivos por describir.

Para nuestro héroe los días transcurrían felizmente viajando por su mundo. Utilizaba un pequeño aerodeslizador fabricado a partir de un sencillo motor de explosión y unas alas. Montaba en su aparato y se pasaba las horas volando alrededor de su campamento. Pretendidamente, buscaba los materiales con los que reparar a Betsie. Pero, en realidad, se dedicaba a curiosear, fascinado por la riqueza de los paisajes y la exuberante vegetación. Quizá más adelante, se decía, podría resultar apropiado incorporar un reactor a un vehículo más rápido y potente que le permitiera el viaje transoceánico y así visitar

todos los lugares de su planeta, aún sin nombre. Por el momento le bastaban las maravillas que rodeaban su campamento.

La mayor satisfacción de aquellos días fue comprobar la existencia de fauna alienígena. Había animales, sí. Muchos y variados. También complejos. De hecho, si su bioquímica hubiera sido más parecida a la terrestre, el señor Fresasconnata se habría dedicado bien a gusto a la caza de aquellas criaturas. Había herbívoros y carnívoros. Había monstruos de diez metros que apacentaban tranquilamente entre las hierbas apergaminadas que cubrían el suelo. Eran seres de aspecto apacible pese a la inmensa mole de su cuerpo gris y las amedrentadoras astas faciales que, a modo de escudo, protegían sus ojos saltones y su boca sin labios. Había cazadores de doce patas que saltaban ágilmente sobre presas tres veces más grandes que ellos. Había diminutos carroñeros vermiformes. Seres alados de brillantes colores que unas veces comían plantas y otras arañaban la piel de los herbívoros con su lengua rasposa. Había tantos animales increíbles, de cuyo descubrimiento Jonás se enorgullecía, que la capacidad de asombro no parecía tener fin. Y, como pudo comprobar al cabo de su primera semana de observación, había más. Mucho más que aquellas simples criaturas.

Un día, volando a baja altura sobre una pradera, observó lo que parecía ser una nueva especie de cazador. Jonás perseguía a una gran manada de Saltarines Azules –así había denominado, a falta de un nombre mejor, a unos herbívoros de unos dos metros con largo cuello y robusta cabeza que usaban a modo de pata que alternaban en sus saltos con las dos poderosas extremidades traseras- que se movían inusualmente rápido, habida cuenta que no se atisbaba ningún peligro inmediato. Jonás descendió un poco más y entonces lo vio. De repente, como si nunca antes hubiera estado allí, Jonás pudo contemplar una figura humanoide de un color verdoso, con gran cabeza, dos brazos voluminosos, dos patas largas y esbeltas y una larga cola que estabilizaba su carrera. Jonás se frotó los ojos, por si la vista lo engañaba. Pero allí estaba. Si no lo había visto antes, debía de ser porque su tono verdoso lo camuflaba de un modo casi perfecto sobre el fondo verdeazulado de las hierbas apergaminadas. Y, si su vista tampoco lo engañaba en esto, las manos –pues así podían llamarse

los extremos de sus dos brazos- portaban armas, utensilios artificiales creados expresamente para la caza. Concretamente, cada mano de aquel ser portaba una larga vara metálica curva, brillante y aguzada en sus extremos. Jonás por poco no perdió el control de su aeronave. A punto estuvo de estrellarse contra el suelo, pero corrigió su posición a tiempo. Cuando quiso observar otra vez al perseguidor de las bestias, el humanoide había desaparecido y no hubo modo de encontrarlo de nuevo. ¡Qué rabia! Y allí estaba él sin haberlo podido observar con los prismáticos, sin haberlo fotografiado ni grabado. Jonás, no obstante, regresó eufórico al campamento. Ahora sabía, sin ningún género de dudas, que aquel planeta estaba habitado por una primitiva civilización de seres inteligentes. Lo bastante desarrollados, al menos, como para trabajar el metal y cazar en solitario animales que los superaban en tamaño. Era una pena que el contacto se hubiera perdido. Pero no importaba demasiado. Jonás estaba seguro de poder encontrar de nuevo al cazador o a su pueblo. Y ya soñaba con ser el descubridor de los secretos de aquella civilización alienígena. El Jonás sociólogo había renacido y daba saltos de alegría mientras se dirigía a consultar una vez más la computadora de Betsie.

No hubo suerte. Así lo definió Jonás. Betsie no pudo aportar ninguna información. Ni lo hizo la sonda que Jonás se molestó en poner en órbita para observar detenidamente desde el cielo la superficie del planeta en busca de restos de civilización y, más concretamente, de algún signo de poblamiento por parte de aquella raza extraterrestre que había vislumbrado.

Sí hubo ocasión para nuevos, y breves, contactos. Y es que, en varias ocasiones, mientras el bueno de Jonás se dedicaba a sus exploraciones, creyó ver a un extraterrestre verdoso –realmente siempre le parecía el mismo, aunque bien podía ser que hubiera muchos y todos ellos fueran idénticos para un ojo humano- que intentaba cazar. Siempre era un humanoide solitario, desnudo, portando sus barras metálicas, el que perseguía a las bestias. Jonás lo seguía durante unos minutos sin que él se diera cuenta. Pero, al cabo, de un modo u otro, Jonás siempre acababa por perderle la pista. El extraterrestre desaparecía ante sus ojos. Jonás, dudando de sus propios sentidos, comprobó una y otra vez que el alienígena en

cuestión se desmaterializaba en un instante y allí donde había estado no quedaba ninguna huella.

-Me estoy volviendo loco –se dijo un día Jonás en un gesto más de enfado que de sinceridad, convencido de que lo que le faltaba no era la cordura sino una explicación al asunto.

Así pasaron varios días para el señor Fresasconnata. Lo que menos le importaba era reparar a Betsie y poderse marchar. Tal era su empecinamiento en resolver el misterio, que habría permanecido en aquel remoto lugar aunque su nave hubiera funcionado perfectamente.

La paciencia tuvo su premio, si es que es adecuado otorgar esa categoría al descubrimiento de la verdad.

Jonás trató de perseguir a sus alienígenas. Creyó verlos por todas partes, siempre de uno en uno. Llegó a grabar su imagen y hasta en cierta ocasión pudo contemplar durante varios minutos a uno de ellos junto a su presa recién derribada: un terrible carnívoro gigantesco. No quiso interrumpirle pero, en un instante de descuido, el cazador se volatilizó como siempre. Jonás llegó a pensar que aquellos seres tenían la capacidad de hacerse invisibles. Nunca pudo sospechar cuál era la realidad de aquellas extrañas desapariciones.

Un día vio, desde el cielo, a un alienígena caminando tranquilamente entre los árboles y, sin pensárselo, bajó en picado hasta el suelo y se plantó ante el cazador. Antes de que desapareciera, se puso a hablarle y el otro pareció escucharle con atención, Jonás no supo si estaba o no sorprendido, pues se sentía incapaz de interpretar los gestos de aquellas extrañas facciones en las que, no obstante, el terrícola encontró algo familiar –el marciano extendió unas protuberancias membranosas a los lados de su cabeza y Jonás tuvo la impresión de que había visto hacer algo parecido en algún otro lugar que no recordaba-, y se volatilizó dejando al viajero con la palabra en la boca y una sensación compleja, mezcla de perplejidad y completa estupidez.

Aquel enigma volvía loco a Jonás. Era imposible que aquel pueblo primitivo con sus armas rudimentarias fuera capaz de escapar a su observación. Imposible que no existieran poblados, chozas, cabañas o cuevas. Imposible que no hubiera huellas suyas. Imposible no ver sus grupos, los restos de su actividad. Y, ante todo, imposible que pudieran

volverse invisibles, o desintegrarse, o lo que fuera que hicieran para desaparecer instantáneamente.

La situación se hizo aún más confusa tras aquel intento de encuentro en la tercera fase. Desde entonces, al don de la invisibilidad, pareció sumársele el de la ubicuidad. Los extraterrestres parecían perseguirlo y se los tropezaba en los lugares más insospechados. Como si, ahora que lo habían visto –sin duda aquel marciano les contó el primer encuentro a sus compañeros- sintieran una irrefrenable curiosidad por conocerlo. Extrañamente, las visitas siempre eran individuales y el alienígena siempre parecía el mismo. Para los ojos poco entrenados de Jonás, al menos. Estaba claro que debían de haber muchos de ellos pues, de otro modo, era imposible que el mismo extraterrestre se desplazase a las velocidades de vértigo que la superior tecnología de Jonás permitía.

En cualquier caso, el terrestre quiso aprovechar esos contactos para conocer mejor a los alienígenas. Trató de comunicarse con ellos por medio del traductor automático pero, evidentemente, aquellos seres no debían de usar ninguno de los lenguajes conocidos. Cada vez que Jonás hablaba, el otro permanecía en silencio, aparentemente atento e interesado, pero nunca contestaba ni hacía el menor gesto de entendimiento. Tan sólo, de vez en cuando, cambiaba su expresión y, sobre todo, se dedicaba a agitar sus orejas –así había llamado Jonás a las extensiones de su cabeza-. Su lenguaje, si existía, no era verbal. Y Jonás no se sentía capaz de interpretar aquellos movimientos de cabeza ni menos aún un supuesto lenguaje telepático.

La situación era frustrante. Cada vez tropezaba más a menudo con aquellas gentes –siempre de uno en uno- pero nunca se hacía comprender ni obtenía respuesta. En ocasiones, parecía que los alienígenas querían exhibirse y le mostraban sus habilidades. Estaba claro que sentían curiosidad. Pero Jonás no podía comprenderlos. Ni entendía las misteriosas desapariciones. Menos aún cuando uno de aquellos tipos se dedicó a moverse a su lado a velocidad de vértigo, desapareciendo en un instante y reapareciendo -¿era el mismo?- a una distancia considerable. Jonás llegó a pensar que jugaban con él y que aquello los divertía. Pero ni se le pasó por la cabeza tirar la toalla.

Ahora que no estaba solo y que tenía una investigación que realizar, ni se acordaba de su Betsie y la imposibilidad de escapar de aquel mundo.

En cierto modo, Jonás era feliz. Era un náufrago en mitad de ninguna parte. Jamás podría escapar de allí. No lograba hacerse entender por los extraterrestres. Pero, por encima de todo aquello, tenía la oportunidad impagable de descubrir un mundo virgen y contemplar el nacimiento de una civilización primitiva. Aquel había sido el sueño dorado de todos los viejos antropólogos terrestres.

Lamentablemente para Jonás, el sueño feliz terminó. Bruscamente y de un modo inesperado. Fue una mañana en la que Jonás preparaba su aeroplano para buscar alienígenas, una jornada más, por entre la vegetación selvática. No despegó. No fue necesario elevarse porque un marciano se le plantó delante de las narices. Mostraba el mismo aspecto de siempre. O casi. Pues este casi hacía referencia a que, en el cuello del extraño, había un objeto que no debería estar allí. Sobre su pecho verdoso pendía un traductor universal. Y él no se lo había dado. ¿Acaso se lo habrían robado?

Las dudas de Jonás pronto se disiparon porque el extraterrestre empezó a hablar y el traductor vertió las palabras al idioma de Jonás. El viajero, nada más escuchar el tintineo de las palabras de aquel tipo, volvió a sospechar. Estaba seguro de haber oído aquel sonsonete en otra ocasión. Como juraría que el aspecto de aquel tipo le resultaba vagamente familiar.

-Mi querido amigo Jonás Fresasconnata –comenzó el marciano, y sólo la sorpresa por escuchar su voz hizo que Jonás tardase un instante más de la cuenta en reaccionar ante aquella llamada inesperada-, lamento que haya existido entre nosotros una cierta confusión y, a qué negarlo, un cierto divertimento por mi parte.

Era de locos. Aquel tipo sabía su nombre y se expresaba con la corrección propia de un diplomático o un hombre de mundo. Jonás iba a preguntar mil cosas, cómo, porqué, quién, pero todas las preguntas quedaron sin pronunciarse a medida que el alienígena se explicaba.

-Ante todo, le diré que no soy un salvaje, sino un fisquiss. Mi nombre es Afahuis Ingolán Leucovien…

El extraterrestre era un fisquiss. Pertenecía, por tanto, a una de las confederaciones civilizadas más antiguas del espacio conocido. Era un comerciante, un Leucovien, de la riquísima familia de los Ingolán. El patriarca, además. Y uno de los seres más podridamente ricos del universo. Como todos los fisquiss, aquel se dedicó a martirizar al alucinado Jonás con el recitado de más de media hora de su nombre completo, incluidas sus relaciones familiares, sus filiaciones sociales, sus atributos y títulos. Jonás no sabía qué hacer. Se limitó a sentir vergüenza de sí mismo y a tratar de disimular su rubor creciente y el sudor que empezaba a bañarle la espalda. ¡Un fisquiss! ¿Cómo no lo había reconocido antes? Claro que, sin ropa… Jonás sólo una vez estuvo en un mundo fisquiss y siempre vio a sus pobladores elegantemente vestidos con largas togas blancas y sedosas cubiertas de joyas. No desnudos, mostrando sus extraños cuerpos verdes y exhibiendo sus aletas cefálicas.

Cuando el fisquiss terminó su presentación le contó lo divertida que le resultaba aquella situación. Tras el relato, Jonás aún se sintió más avergonzado.

El señor Afahuis, patriarca de los Ingolán, se encontraba de vacaciones. Había dejado las riendas de su empresa en manos de su nieto Fusisit, el más capacitado de sus herederos. Y era tan inmensamente rico que había viajado en su nave monoplaza hasta aquel pequeño mundo salvaje de su propiedad con objeto de divertirse y relajarse a partes iguales. Con todo su dinero, había adquirido aquel sistema solar, había terraformado el mundo en que se encontraban –su nombre, obvio es decirlo, era Mundo de Afahuis, según la tradicional costumbre fisquiss de personalizar todas las posesiones- y lo había poblado con todo tipo de criaturas. Muchas originarias de los mundos fisquiss, pero algunas creaciones particulares de sus diseñadores y científicos para hacerle más placentera y divertida la estancia. En su mundo nadie lo molestaba. En su mundo le gustaba vivir como un fisquiss primitivo, dedicado a las tareas más básicas como cazar, buscar refugio o conseguirse, de cualquier modo, el alimento.

-Un humano como usted comprenderá el placer que encierra la aventura –añadía en ese momento el señor Afahuis.

Bien lo comprendía Jonás. Y también que se había comportado como un estúpido y se sentía ridículo. El fisquiss prosiguió su narración indicándole que, pese a las apariencias, su vida no corría peligro en aquel mundo. Las fieras estaban genéticamente imposibilitadas para atacarlo. No había plantas venenosas ni peligrosas en ningún sentido. Y, aunque se paseaba desnudo por sus tierras, siempre que lo necesitaba podía viajar a un sofisticado refugio tecnológicamente avanzado al que, en estas circunstancias, se permitía invitar a su huésped, el señor Fresasconnata. Jonás, cómo no, aceptó la oferta.

El fisquiss se había divertido a su costa. Sabiendo que Jonás lo tomaba por un salvaje primitivo le había seguido el juego. Aquello le divertía muchísmo. Y con su teleportador podía aparecer y desaparecer a voluntad. En un principio no sabía de su presencia. Sólo cuando se cruzaron y Afahuis viajó a su refugio para consultar la computadora, comprendió que tenía visita y que los satélites lo venían siguiendo desde hacía días.

-Pero mi computadora no registró ningún signo de tecnología o comunicaciones en este mundo –dijo Jonás.

-Claro que no –replicó el fisquiss repitiendo el gesto familiar de extender sus orejas, un gesto que ahora Jonás sabía que era el equivalente alienígena de la risa humana.

Y el fisquiss se entretuvo unos instantes en indicarle lo avanzada que era su tecnología de vigiliancia y, en general, lo sofisticados que eran todos sus sistemas de control no invasivos que hacían parecer naturales todos aquellos paisajes artificiales creados expresamente para él.

El fisquiss, pues, lo llevó a su refugio. Instantáneamente. Por medio de su teleportador. Era un verdadero palacio. El tipo de construcción que sólo alguien tan rico como un Ingolán se podría permitir. Allí el dueño se vistió una de sus bonitas túnicas y se colgó docenas de abalorios. Jonás, entretanto, pudo maravillarse contemplando todo lo que le rodeaba. Ahora, cómo no, era él quien se sentía salvaje entre aquella muestra de tecnología avanzada.

El señor Afahuis lo invitó a comer con él y le proporcionó un exquisito menú humano expresamente preparado para él. Mientras comían se divirtió relatándole cómo había disfrutado de su ingenua

estancia en su mundo, pese a lo cual no consiguió que a Jonás se le quitara el apetito.

El fisquiss pronto se cansó de reírse a su costa y, como si pretendiera premiarle por la diversión proporcionada, le ofreció uno de sus vehículos interestelares para volver a la Tierra. Quizá tardase un tiempo en poderse marchar pero, entretanto, podría acompañarlo en sus cacerías. Jonás, que no sentía el menor deseo de sentirse como el porteador de un bwana alienígena, agradeció la oferta y se atrevió a sugerir la posibilidad de reparar su querida Betsie para salir de aquel hermoso planeta y no molestarlo por más tiempo. Afahuis se mostró satisfecho con los reparos de Jonás. Quizá estaba acostumbrado a que otros le dorasen la píldora y le parecía normal que el humano se sintiera amedrentado ante su magnífica presencia. Así que aceptó la propuesta y señaló que al día siguiente le mandaría un robot con un motor nuevo que, una vez instalado, le permitiría volver al espacio.

Jonás dio las gracias e indicó que le pagaría aquel motor si le indicaba en qué moneda y en qué banco quería el ingreso. El otro, en el colmo de la diversión, empezó a agitar sus orejas como si pretendiera echar a volar con ellas. Luego se negó a aceptar dinero. Jonás comprendió que no era por simple bondad ni porque su fortuna se lo permitía de sobra. Simplemente sucedía que también los bufones merecen su sueldo.

Jonás se tragó toda su bilis y procuró ser un invitado amable y divertido. Le rió las gracias al fisquiss durante toda la velada –muchas de ellas hechas a su costa- y hasta lo acompañó en la caza a la mañana siguiente, sintiéndose como el lacayo que lleva los enseres de su señor y aplaude cada vez que su amo se cobra la pieza que a él le toca recoger.

Por la tarde, Betsie estaba arreglada y como nueva. Jonás, mostrándose tan agradecido como era capaz de fingir y deshaciéndose en lisonjas hacia el fisquiss, logró su permiso para marcharse inmediatamente. Con la excusa de que así el señor Ingolán podría recuperar la tranquilidad y la soledad interrumpidas hasta que decidiera dar por concluidas sus merecidas vacaciones, el señor Fresasconnata despegó inmediatamente y esperando no volverse a

encontrar con un fisquiss en general y con el engolado Afahuis en particular en lo que le quedaba de su corta existencia.

Pero, si el viajero creía que podría olvidar su ridículo cuando regresara a la civilización, se equivocaba de parte a parte. Primero porque, al regreso de sus vacaciones, el señor Afahuius Ingolán se molestó en enviarle a su propia casa una grabación de una entrevista en la que contaba el divertido incidente del primitivo terrícola que lo confundió con un salvaje. Segundo porque, en los años sucesivos, el atento fisquiss le envió todos los años por las señaladas fechas humanas de la Navidad un guiso de una de aquellas fieras que cazaba y un par de botellas de una asquerosa bebida destilada por él mismo en su mundo particular. No era aquella la idea que tenía Jonás de relacionarse amigablemente con la jet set.

Juan Luis Monedero Rodrigo

SOBRE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

La verdad es que mucha gente (entre los cuales me encuentro) pensaba creo yo, que con la llegada de las nuevas tecnologías, la sociedad iba a pegar un cambio, y que iba a servir para mejorar las capacidades y conocimientos de los individuos. Ya sé que esto es un poco utópico, pero a mí me gusta soñar. Y mira por donde la aldea global de la que habló Mac Luhan, se ha convertido en una aldea del cotilleo, con mis perdones para la gente que vive en aldeas o pueblos. Yo comprendo que sobre gustos hay colores, y hasta a mí que por lo que se ve soy un poco atípica, no me gustan los cotilleos, aunque soy bastante curiosa, y mi curiosidad busca conocer diferentes cosas: ver monumentos que hay en el mundo, leer novelas que me apasionan y me enseñan sobre las reacciones del ser humano, ir de viajes y preguntar sobre la vida de la gente, cómo es, etc. Bueno parece muy intelectual para lo que se lleva hoy, pero hace años parecía lo más normal del mundo que la gente intentara aprender y salir de la vida cotidiana. De su mundo inmediato. Pero hoy no se lleva, ya sé que soy demasiado crítica, pero se lleva el "enfangamiento" (quizás es un poco exagerado) de las miserias de las personas, de sus problemas muy íntimos, los cuales están en boca del 90% de los televidentes, como

espectadores en un teatro, o como espectadores de un circo romano, porque la similitud vale, aunque la sangre no salpica.

Las ondas hertzianas, que son las que transmiten la informacion a través de la televisión (y que fue un descubrimiento importantísimo y que cambiaría por supuesto la civilización) están infrautilizándose (en mi modesta opinión) porque vamos a ver ¿todas las cadenas de televisión, necesitan para ganar dinero suficiente, echar mano de este boom? Quizás como hoy día, lo que predomina y maneja la vida del día a día, de las personas, es la economía pura y dura, no tiene cabida la sensibilidad. Mi ***biotza*** dirá lo que quiera, pero a mí me parece que se podría intentar hacer una televisión un poco menos "fantoche".

Petra Salgado

DEL HOMBRE ENGRANAJE

Yo soy el hombre engranaje
y uso traje
lo exija o no la ocasión.
Y si hay algo que no encaje
es sólo un gaje
de la propia ocupación.
Yo jamás he destacado
aunque me trae sin cuidado.
No me apena mi bagaje.
No me siento desdichado
en mi mundo programado.
Jamás salté al abordaje.
Soy el paje
de madam obligación.
Voy feliz con mi equipaje.
No hay ultraje
en ser tuerca del montón.

Antón Martín Pirulero

LA LEYENDA DE LA MONTAÑA

Cuenta una leyenda que en los años primigenios la Diosa de la Tierra y el Dios de las Aguas crearon una hermosa montaña cuya esencia era la generosidad. "Tú serás generosa con el hombre, le darás sombra con tus bosques, cobijo con tus cuevas, paz con tus senderos, alimentos con tierras, aguas y animales. El hombre te querrá y te protegerá por tu generosidad y también te cuidará para que mantengas tu esencia".

Llegó un hombre y cultivó sus huertos y vivió de ellos, la protegió de otros hombres luchando contra ellos, pero no contento con la cantidad de alimentos que obtenía, quemó sus bosques para aumentar sus pastos y huertas y desgastó sus tierras cultivándolas en demasía. Cuando la tierra ya no le sirvió abandonó la montaña y la dejó a merced de otros hombres.

Otro hombre llegó y horadó sus cuevas buscando hierro y cavó buscando mármol y otros minerales como el oro y la plata. Cuando ya no quedaba más dejó de defender la montaña y la abandonó también.

La montaña se había convertido en un desierto seco y árido. El Dios de las Aguas y la Diosa de la Tierra viendo la injusticia cometida levantaron vientos con semillas y formaron nubes de lluvia y poblaron de nuevo la montaña. La montaña les pidió que la aislaran de los hombres. "Tu esencia es la generosidad, no podemos aislarte pero te alejaremos de la civilización". Pasaron los años y nació un hombre que entendió el don que el Dios de las Aguas y la Diosa de la Tierra les habían dado con la naturaleza, y decidió que era tal su belleza y su importancia que proclamó que había que cuidarla y no esquilmarla. Ese hombre fue perseguido por proclamar sus ideas. Buscó refugio y encontró a la montaña. La montaña le cuidó, le protegió y ocultó. Le daba calor, calmaba su sed con sus arroyos, le daba alimento con sus frutas y animales… El hombre quería a la montaña, conocía sus ríos, sus recovecos, sus senderos, sus árboles, para él era el descanso del guerrero. Pero el hombre decidió que debía proclamar sus ideas, buscando adeptos y abandonó la montaña en aras de un proyecto mayor: cuidar de toda la naturaleza. El hombre consiguió seguidores suficientes y ya no tuvo necesidad de protección. Se alejó de la

montaña y viajó hacia la civilización para salvar la naturaleza. Tenía un vago recuerdo lejano y agradable de su montaña pero los quehaceres cotidianos le impedían recordar y viajar hacia ella.

La montaña languidecía esperando su vuelta y temía ser descubierta de nuevo por hombres que la maltrataran. Pidió y suplicó al Dios de las Aguas y a la Diosa de la Tierra que la permitieran estar junto al hombre por el que se sentía cuidada y protegida. "Pero una montaña no puede moverse, querida. Tendrás que esperar a que vuelva". "Ahora ya no me necesita, ya no le persiguen y tiene obligaciones que cumplir en otros sitios", lloró la montaña. "Vendrán otros hombres, querida". "¿Y si me maltratan?", y suplicó y lloró hasta que la Diosa de la Tierra se apiadó de ella. "Te concedo la facultad de moverte siempre que lo desees pero cada vez que cambies tu lugar en la tierra perderás un poco de tu altura, tu vegetación, tu fauna y todo lo que te hace montaña. ¿Lo has entendido bien?".

La montaña reverdeció de alegría y decidió que podía perder un poco de altura, de vegetación, de fauna por estar al lado de aquel hombre. Este recordaba con agrado su montaña, su verdor, sus arroyos, su belleza y disfrutó al tenerla cerca, pero sus desplazamientos eran frecuentes y la montaña debía trasladarse si quería tenerle cerca.

Pasó el tiempo y otra vez arreciaron las persecuciones contra el hombre y de nuevo deseó su montaña para protegerse. Deseó sus cuevas para guarecerse, su vegetación para ocultarse, sus ríos para calmar su sed, sus animales para calmar su hambre. Miró a su alrededor, pero aunque la montaña estaba a su lado no la reconoció y tuvo que huir en busca de otra montaña porque su montaña ya no era tal.

Era una colina sin bosques, sin cuevas, sin ríos. Había perdido sus atributos y ya no servía ni como protección ni como descanso. Era un desierto.

La Diosa de la Tierra se apiadó de la montaña y envió con el viento tierras y semillas. El hombre no consiguió salir del desierto, ni encontrar otra montaña pero con sus lágrimas y su cuerpo alimentó las semillas que la Diosa de la Tierra había enviado. El Dios de las Aguas envió nubes, pero llegaban escasas porque se evaporaban al atravesar

el desierto. Con gran esfuerzo, los Dioses consiguieron convertir aquel desierto árido en un desierto con oasis. Aquel oasis era tan preciado por los hombres que lo cuidaron y protegieron aunque no conocieran las creencias ni ideas del hombre que lo generó.

Un proverbio tibetano dice:

"Tú, mujer, naces como una montaña, generosa y dadora de vida, reza para que los acontecimientos de la vida no te hagan perder tu esencia y te conviertan en valle, río, bosque, colina u oasis y no en desierto porque el Dios de las Aguas y la Diosa de la Tierra no podrían ayudarte".

Inma Rodrigo

PONGA UN ROBOT EN SU VIDA

El fallo fue mío. No voy a culpar a nadie más de mi torpeza. Ni a la sociedad, ni a mi mala fortuna, ni menos aún a este sistema que tantas alegrías me ha proporcionado.

Para mi desgracia nací en una familia humilde. Mis padres, ambos, se veían obligados a trabajar para mantenernos a mis hermanos y a mí, cinco hijos en total. Bastante tuvieron con soportar sus miserables vidas de esfuerzo y sacarnos adelante. Malamente iban a ahorrar dinero para escapar de su situación. Tampoco ahora culparé a la sociedad de sus males. Nadie les mandaba tener cinco hijos. Si hubieran permanecido solteros y célibes o hubieran procreado con menos alegría, quizá habrían ahorrado lo suficiente para poder dejar de trabajar. Yo, personalmente, les estoy sumamente agradecido por su exceso de fertilidad. No en vano soy el benjamín de la familia, su quinto hijo.

Las estrecheces de mi infancia, unidas a la envidia que en toda ocasión me provocaba la riqueza de otras familias, me hicieron ansiar desde siempre abandonar la pobreza que tan bien había conocido. Sabía que, en nuestra sociedad, alguien como yo también podía disfrutar de una oportunidad. No lo iba a tener fácil. Al contrario, debería sacrificarme durante años para progresar. Pero estaba dispuesto a hacerlo. El premio bien merecía la pena.

Viendo mi pasado retrospectivamente, ahora comprendo que me comporté más racionalmente durante mi adolescencia que ahora

que me considero un adulto responsable. Tuve mi oportunidad por la que tanto luché y, estúpidamente, acabé por malograrla.

Estoy orgulloso de mis padres. Vivieron en una época difícil en la que comenzaba a cambiar el mercado laboral. Durante décadas, los agoreros habían temido la llegada de los robots trabajadores. En sus pesadillas tecnológicas imaginaban a multitudes famélicas enfrentadas a una economía automatizada que sólo hacía ricos a unos pocos. Sin embargo, la realidad fue bien distinta de esas imágenes apocalípticas. Quizá influyeron los antiguos temores para que las leyes asimilaran el cambio en beneficio de todos, o casi. Es cierto que hubo tipos que se hicieron de oro y que todavía viven de las rentas. Quienes crearon, fabricaron o invirtieron en robots hoy se cuentan entre los más poderosos. Pero los demás, los tipos vulgares y corrientes, no perecieron de inanición. Mis padres vivieron en la época del cambio y nunca les faltó el alegórico mendrugo de pan que echarse –y echarnos a sus hijos- a la boca. Los robots no dejaron sin trabajo a los hombres. Aunque muchos hombres pudieron dejar de trabajar.

Mis padres no se contaron entre los favorecidos por las leyes antimonopolio que precedieron la comercialización de los primeros robots autónomos. Es cierto que existen robots desde hace años y que muchos de ellos ya habían asumido tareas mecánicas en diversas industrias. Y que esas mismas máquinas habían dejado sin empleo a tristes operarios encargados de repetir una y mil veces un mismo gesto mecánico en la cadena de montaje. Pero la universalización de los robots no supuso el paro universal. Las leyes fueron claras y contundentes: ningún hombre podía poseer a su cargo más de diez robots personales. Incluso las grandes empresas, en su calidad de sociedades anónimas, sólo podían mantener un robot por cada empleado contratado. Esto que, supuestamente, aseguraba que la mitad de los trabajadores fueran humanos, se tradujo, al cabo, en que el porcentaje de robots se multiplicara sin que ningún humano quedase desempleado. Las leyes asumían que, en caso de que una empresa tuviera demandas de empleo humanas, éstas eran prioritarias y el trabajador tenía derecho a ese trabajo aunque ello significara desconectar una máquina y reducir la productividad.

Mi padre decía muy acertadamente que quien hace la ley hace la trampa. Yo no sé si los legisladores de su generación tenían muy claro a lo que conducirían sus filantrópicas ideas. Supongo que la situación actual, mantenida durante los últimos años, no les habría desagradado. A mí, desde luego, me parece ideal. Aunque algunos somos lo bastante torpes como para malograr los sueños que hemos sido capaces de convertir en realidad.

Pronto las empresas favorecieron que sus empleados adquirieran robots a su cargo. De ese modo aumentaba la productividad y, de paso, incrementaban el número de robots sin necesidad de saltarse la ley deshaciéndose de los empleados. El sueldo lo recibía el humano propietario, que ya no tenía que trabajar. Para eso tenía a su esclavo electrónico de cuyo mantenimiento, obviamente, debía hacerse cargo.

Mucha gente humilde mejoró sus condiciones de vida de modo notable. Ahorraban durante unos años para comprar un robot y luego lo colocaban a trabajar mientras se llevaban lindamente el sueldo desde su casa.

A mí, tontamente, siempre me habían parecido unos estúpidos avariciosos todos aquellos que seguían trabajando para poder incrementar su patrimonio robótico y su renta. Alguien con diez robots gana diez veces más que el que sólo posee uno, es bien cierto. Pero los robots no son baratos y quien, partiendo de la miseria, se quiere enriquecer de este modo se ve obligado a trabajar como un mulo durante media vida hasta costearse el material. Yo no soy tan ambicioso y, ciego como estaba, sólo soñaba con tener mi propio robot para que me mantuviera.

El ocio es un bien precioso. En nuestro tiempo parece que algunos empiezan a avergonzarse de trabajar en el puesto de un robot. Es algo así como ser ciudadano de segunda. Mis pobres padres trabajaron como mulos y nunca dejaron de ser ciudadanos de segunda. Nunca pudieron cultivar aficiones, ni salir a divertirse como los demás. Mantener a cinco hijos con sus sueldos miserables era demasiado costoso como para ahorrar dinero con el que adquirir un robot. Hoy en día un trabajador es casi un paria –poco más que un robot, y tan sólo porque tiene más derechos que una máquina- y las élites presumen de

usar tan sólo su intelecto, ya sea para trabajar y aumentar su patrimonio o con el único fin de divertirse.

Ahora mis padres han podido jubilarse. Nuestra economía marcha tan bien que el estado puede permitirse, a modo de limosna, mantener a los ancianos sin recursos como mis padres sin que ello suponga un grave menoscabo para las arcas públicas. Me alegro de que, aunque sea de este modo, finalmente mis padres hayan podido descansar. Pero yo, desde muy niño, y aun sabiendo que no poseo dotes ni talentos especiales que me permitieran labrarme un brillante futuro, decidí que no iba a llevar la vida de mis padres. Algún día yo sería propietario y dejaría de trabajar. Sería un ciudadano de primera, alguien perteneciente a la élite envidiada. Uno de esos individuos que pueden permitirse toda una vida de ocio, o de eso que los más espirituales, los más inquietos o los más hipócritas llaman meditación. Y lo conseguiría por más que ello supusiera sacrificar mi juventud y parte de las alegrías que deberían acompañarla. Nuestro mundo ofrece oportunidades, pero no es generoso. Sólo aquel que lucha por sus sueños y que no teme al esfuerzo y el sacrificio se hace merecedor del ascenso social. Y yo estaba dispuesto a pagar el precio, fuera cual fuese. Aunque, poco más o menos, pude ir adquiriendo una idea de lo que me costaría alcanzar el cielo de los desocupados.

Ya que no destacaba en los estudios ni tenía los medios necesarios para arrastrarme durante años por universidades y academias en pos de un título que no me volvería más listo o más hábil, bien pronto me puse a trabajar en las minas de litio como picador. Es uno de los empleos manuales mejor remunerados de nuestro tiempo y, aunque no está exento de riesgos, no es un trabajo tan duro como podría parecer. La maquinaria se encarga de las tareas más pesadas y uno sólo tiene que sujetar su martillo neumático preprogramado mientras golpea la roca para extraer la espodumena y no caerse en mitad de la faena.

Empecé como minero a los veinte años. Al principio, como aprendiz, mi sueldo no era ninguna maravilla pero, al menos, podía ahorrar. La empresa me costeaba la manutención y el alojamiento en los míseros barracones donde habitábamos los pocos humanos de la galería. Allí no había diversiones. Ni gastos, por tanto. Yo había

renunciado ya a cualquier vicio o distracción que me alejase de mi objetivo último: salir del arroyo, poseer mi propio robot. Así que la situación no se me hacía intolerable como a otros. Aunque he de confesar que en muchos momentos me aburrí y hasta me sentí hastiado de esa vida monótona y vacía, salvo por el aliciente de los cuartos ingresados cada mes en mi cuenta corriente.

Por entonces no pensaba en comprarme vehículo propio: ni auto, ni moto, ni deslizador. Tampoco entraban en mis planes las mujeres, ni para sexo casual ni mucho menos aún para establecer una relación seria. Una mujer supondría un gasto inasumible y el aplazamiento indefinido de mis sueños. Si ya era demasiado costoso para mis medios pagar los servicios de una mujer temporalmente o aun cohabitar de vez en cuando con una joven cualquiera con la que me vería obligado a salir y gastar dinero, todavía lo era más una relación seria en la que mi pareja se volviera estable y se empezara a pensar en una vida en común, una licencia de matrimonio e hijos que se llevasen todos los ahorros. Aquello me causaba tal espanto que no me costó demasiado vencer mis instintos y renunciar a la sensualidad del bello sexo para someterme alegremente al monástico sacrificio de la continencia. Tampoco me gastaba el dinero en ropas, ni en artilugios electrónicos, juegos o adornos. Ahorraba todo lo que podía y trabajaba como un energúmeno. Mi objetivo no era otro que cumplir los plazos de mi sueño lo más rápidamente posible.

Así, merced a mi capacidad de trabajo y mis numerosas renuncias, me convertí en picador a los veinticuatro años. Era el más joven de la mina, aunque eso tampoco es decir demasiado, habida cuenta que no éramos muchos en las galerías. Pero para mí aquello significaba un cambio notable porque el sueldo se multiplicaba por dos y la espera se reducía en la misma medida.

No había nada que pudiera detenerme. Ni la enfermedad ni el agotamiento lograron vencerme. Ni las numerosas tentaciones que me animaban a tomar un descanso, a buscar una pareja o a divertirme con los compañeros durante sus habituales salidas nocturnas. A riesgo de enloquecer, fui capaz de resignarme al trabajo sin reposo ni distracciones. Y tanto trabajé que, el mismo mes en que cumplía los treinta años, pude retirarme del trabajo. Había reunido la

considerable suma de dinero que me permitiría adquirir uno de los sofisticados robots de la Osaka Electronics para que me sustituyera en la mina. Podía haber comprado un robot más barato y haberlo empleado en un oficio más sencillo, aunque peor remunerado. Pero ya que me había sacrificado tanto, decidí hacer una buena compra, esperar un par de años más y comprar un Osaka Minero para que hiciera de picador por mí y me proporcionara el magnífico sueldo al que estaba acostumbrado, pero no con el objeto de ahorrar como hasta entonces, sino para disfrutar de mi nueva vida.

Ese era mi objetivo: disfrutar de mi nueva vida como propietario. Y a fe mía que lo hice. Como si con ello pudiera desquitarme de los años de sacrificio, de la juventud perdida entre los túneles fríos y húmedos, ahora me dediqué a disfrutar de cada instante. Visité muchos lugares hermosos, conocí mujeres aún más bellas y gocé de los placeres más apetecibles. Unos confesables y otros prohibidos. Viví con una intensidad que hasta entonces me había parecido imposible, inimaginable. Como si, afectado de una enfermedad terminal, me fuera a morir en unos meses y quisiera aprovechar mi tiempo al máximo. Tantos años de moderación y renuncia me habían conducido, quizá, a ese estado de desenfreno. Quería vivirlo todo y rápidamente. Gastaba el dinero a manos llenas, tan rápido como mi robot minero lo ganaba para mí. Pero esa vida intensa y licenciosa no duró mucho.

No es que enfermara o me endeudase. Mi cuerpo y mis finanzas resistieron perfectamente mis ansias de desenfreno. El problema fue otro bien distinto. Mi falta de previsión, quizá fruto de la inconsciencia con que viví aquellos tiempos, me hizo descuidar un detalle importante. Aunque me preocupaba de que mi robot fuera revisado periódicamente para que su mantenimiento resultara perfecto, no tuve en cuenta que toda obra humana es falible. Esto es cierto en cualquier trabajo, pero en la mina se convierte en una máxima mucho más cierta. Siempre hay derrumbamientos y accidentes que pueden matar personas o destruir material, incluido un robot. Y yo podía haber pensado que un tal accidente podría afectar al mío y dejarme en la ruina. No es barato asegurar un robot, menos uno minero. Y yo no me molesté en asegurar el mío, aunque ahora sé que el

coste de ese seguro habría sido casi inasumible para mí. Con el sueldo de picador podía vivir muy bien, pero tampoco era rico.

Lo más irónico del caso es que mi robot no sufrió ningún percance. No se derrumbó ninguna galería sobre él, ni le afectó una inundación o una explosión de gas. Tampoco hubo un accidente eléctrico ni le cayó un rayo encima. Fue mucho más simple y triste que todo eso. Cuando la garantía de dos años de la Osaka había vencido –de hecho yo llevaba ya tres años y medio pegándome la gran vida y planteándome sentar la cabeza tras haber conocido, cómo no, a una chica encantadora de las que antes me obligaba a ignorar- mi robot se estropeó. Yo no contaba con una contingencia así, pero tampoco me puse nervioso. Supuse que no costaría demasiado repararlo y que pronto recuperaría mi sueldo. ¡Ay, cuánto me equivocaba! Resultó que le había fallado el cerebro y no el motor y la reparación, aunque no imposible, resultaba costosísima. Casi tan cara como adquirir un nuevo robot.

Ni que decir tiene que se me cayó el mundo encima. Todos mis planes e ilusiones se vinieron de repente abajo. Ya no más dinero, ya no más diversión. Ya no más ocio. Si quería arreglar mi robot debía ponerme a trabajar de nuevo. Ocupar mi puesto de picador para costearme la reparación. Casi como comprar un robot nuevo. Y ahora volver a aquella vida me parecía como regresar al mismísimo infierno. Sólo que no me quedaba otra solución. Volvía a ser pobre. Un miserable ciudadano de segunda.

Y así, desde entonces, por mi falta de previsión he vuelto a la galería. Con treinta y cuatro años y ningún deseo de trabajar. Persiguiendo la golosina del ahorro que me permitirá reparar mi robot en unos años. ¿Cuatro o cinco quizá? No lo sé. Pero comprendo que fui demasiado impulsivo y nada previsor. Si en vez de abandonar tan lindamente mi trabajo, como hice hace tres años, hubiera seguido trabajando un par de años más, ahorrando mi sueldo como hasta entonces más lo producido por mi primer robot, no habría tardado más de un año en adquirir el segundo y asegurar mi futuro y unas jugosas rentas. Habría de ser el hombre más desafortunado del mundo para que se me estropearan dos robots a la vez. Un segundo robot sería mi seguro de vida, la máquina que me permitiría el ocio eterno.

Pero no, fui tan impaciente, tan inconsciente como para jugarme todo mi futuro a una sola carta. Un inversor inteligente no se arriesga a un solo valor. Y yo lo hice. Nunca he sido demasiado listo, lo sé. Y ahora me toca pagar mi estupidez. Porque deberé trabajar para reparar mi robot y luego seguiré trabajando para adquirir el segundo que ya debía haber poseído. Quizá pueda retirarme con cuarenta y pocos años. Tampoco es una mala edad. Aunque eso habrá supuesto desperdiciar casi una década más de mi vida trabajando.

Tampoco me quejo. Pasé tres años maravillosos. Lo malo es que mis sueños se retrasan y ahora no es tan fácil asumir la renuncia y el sacrificio. No tras haber probado las mieles del éxito. Pero sé que lo lograré. Sólo confío en no enloquecer. No volverme uno de esos maniáticos paranoicos que ven el fantasma de la miseria tras cada puerta y, buscando una seguridad que siempre parece demasiado esquiva en sus cerebros, dedican toda su vida a trabajar hasta ser propietarios de los diez robots a los que tienen derecho por ley, lo que sólo les permite vivir tranquilos una vejez que igual podrían haber disfrutado, como mis padres, percibiendo la pensión estatal a que todo trabajador sin robots tiene derecho.

Sé que lo lograré. Y que no caeré en la locura o el desánimo. Pero se hace tan duro bajar de nuevo a la mina. Pensar que hoy, mañana, pasado, al otro, y durante mucho tiempo tendré que renunciar a casi todo y trabajar como cuando tenía veinte años y mil veces más ilusión que la que ahora siento por el futuro.

Decididamente, hay que ser un perfecto idiota para verse en una situación como la mía.

Juan Luis Monedero Rodrigo

DE LAS NUEVAS TECNOLOGIAS: BALAS QUE NO CONTAMINEN

Escuchando la radio que es un medio de información y entretenimiento que me gusta mucho, me sorprendió una noticia a la mañana, la cual también sorprendió al periodista que la estaba dando, se trataba de una investigación realizada y conseguida, con las balas, ese metal chiquitito que se mete en una ranura de una pistola o un subfusil y puede matar a las personas humanas. Pues bien, la

investigación, en la cual supongo han gastado dinero, trataba de unas balas especiales que habían diseñado para que cuando se disparen **no contaminen el medio ambiente!!!**, aunque claro matar sí matan!, pero yo no daba crédito a lo que estaba oyendo, pero ahí estaba la noticia. o sea investigamos para no contaminar la tierra, pero bueno nos cargamos todos los humanos que hagan falta, Ya se repondrán!!

Parecería sacado de un libro de ciencia ficción, y la tierra un experimento de unos seres interestelares que nos manejan a su antojo. Pero no son seres interestelares, son los amos del mundo en el que vivimos, donde las armas son un bien de consumo para los países, y muy caras, carísimas.

La hipocresía de los estados llega muy lejos: ayer vi otra noticia en televisión, una feria de muestras de armas muy sofisticadas, donde se exponen con la intención de venderlas a los estados que tengan interés en el asunto: armarse, pero, ¿para qué?

Bocarizzo

MATERIA OSCURA Y MESMERISMO

Pues son tecnología y modernidad los temas del presente monográfico, nada más adecuado, a mi parecer, que incluir una breve reseña sobre mi último trabajo físico-parapsicológico que habrá de revolucionar el cuánticamente confuso mundo de la astrofísica, la mecánica y la dinámica celestes.

Señores, sin más preámbulos, he de anunciarles que he resuelto uno de los más oscuros y complejos misterios de la cosmología moderna. Mi revolucionaria teoría, compendio de perspicacia, sabiduría y tronío, explica a la perfección la falta de materia que ha traído a muchos astrofísicos de cabeza como en todo tiempo han sabido hacer las mujeres con los hombres. ¡He resuelto el misterio de la materia oscura!

Yo, Gazpachito Grogrenko, adalid de las neuronas descarriadas, prospector de mundos intelectuales y generador totipotente de teorías, he hallado la piedra filosofal de la cosmología moderna. He completado la visión actual del universo con la pieza que faltaba para terminar el puzzle. Debo confesar que mi amplia cultura y mi capacidad sintético-sincrética para unir saberes de las disciplinas

más alejadas del humano conocimiento me han permitido triunfar donde tantos otros cerebros supuestamente gloriosos habían fracasado para descrédito de sus ínfulas de genialidad.

Mucho ha llovido desde los tiempos del otrora glorioso Mesmer y su hoy denostada doctrina del magnetismo animal. Errónea, sí, pero que sirvió de puerta para los inicios del hipnotismo, la psicoterapia y, lo que es aún más importante si cabe, la ramificación de las magníficas y omniscientes ciencias parapsicológicas que tanto y tanto deben al primitivo mesmerismo y su canalización de fuerzas animales, telepáticas y mentales.

Poco sospechaba el señor Mesmer que sus dieciochescos intentos de conectar mentes y espíritus humanos iban a conducir con el correr del tiempo a las preclaras ideas que hoy pretendo presentar al mundo. Ideas que surgieron en mi mente como una luz cegadora. Reveladoras ideas que me hicieron sentir tan feliz como no lo era desde aquellos tiempos en que me dedicaba a desvelar los entresijos de mi muy amada ciencia polkológica.

Cuando tuve la revelación no pensaba exactamente en la materia oscura. Sino en el espiritismo como método de aproximación a lo ignoto. Éter, alma, espíritu, ectoplasma, manifestaciones preternaturales… Fantasmas, sí. Todo ello siempre me ha fascinado. Particularmente desde que aquel día de mi tierna infancia en casa de mi tía abuela Sisebuta Tiburcia aquella dulce anciana me untó mantequilla en el pan del bocadillo y me permitió observar como ella y sus invitados rodeaban el velador e invocaban el espectro de mi tío abuelo, su marido, Nicanor Obduliano fallecido tres lustros atrás. Realmente no vi nada, pero los rostros extáticos de los espiritistas y las risas nerviosas cuando la mesa se movió al involuntario impulso de don Casiano, me llevaron a la fe y el interés científico por tales estudios parafísicos y metafísicos.

Mucho ha llovido desde entonces. Pero mi interés nunca ha menguado. Y las prácticas espiritistas me han sido sumamente útiles, tanto en mi afán de contrastar mis teorías científicas con los mejores cerebros del pasado como para aclararme la voz en los casos de exasperante carraspera.

Así pues, mi descubrimiento vino a mí casi sin yo pretenderlo. De ese modo aparentemente casual en que los cerebros privilegiados captan al vuelo las ideas geniales. Estaba yo pensando en invocar el espíritu del famoso rey Artús –el Arturo de las leyendas- para conocer con detalle la vida britana tras la caída del Imperio de Occidente, cuando me pregunté si realmente existió el sabio Merlín y si podría consultarle acerca de sus arcanos saberes. Pensé entonces en la leyenda del Caballero Negro y evoqué la imagen de su negra armadura en mi mente.

Comenzaba a quedarme adormecido cuando un arquimédico "eureka" resonó en mi mente. ¡Lo había encontrado! La oscuridad de mi armadura, mi sueño, mis ectoplásmicas divagaciones trajeron a mi mente la idea fundamental: pensé en la materia oscura del universo. Pensé, digo, en ese componente material que los astrónomos conocen por sus efectos gravitatorios y su influencia en la mecánica celeste y paragaláctica, pero que nunca han sido capaces de encontrar e identificar. Y en mi cerebro se hizo la luz.

Señores, la materia que falta en el universo para completar lo visible y/o mensurable, no es otra cosa que aquella materia mesmérica de espectros y almas. Se trata de ectoplasma, fantasmagórico y aterrador, apenas perceptible, pero existente a fin de cuentas. Son las fantasmagorías las que aportan al universo la esencia que según los astrofísicos le falta. Tan sutil que escapa a casi todos los métodos de estudio –salvo, quizá, a mi catalizador ectoplasmático conductivo pendiente de patente- pero no a mi fecunda inteligencia.

Son los fantasmas del mundo que fue y será, de los muchos mundos paralelos y superpuestos al nuestro de materia visible, los que completan el universo. Existen entre nosotros etéreas presencias de lo vivo y lo inerte que aportan su esencia al universo y, en cierto sentido algo más que poético, mueven al mundo. Así pues, no es cierto que a los físicos les falte materia en sus modelos del universo, sino que las dificultades inherentes al estudio de los fantasmas son grandes y complejas de resolver.

Dirá algún imbécil incrédulo que esto no son más que especulaciones y tendrá su parte de razón. Pero la ciencia me mueve y, sabiendo de la necesidad de contrastar las hipótesis más lúcidas para

comprobar su veracidad, no me quedaré en el limbo de lo posible sino que demostraré que la parapsicología explica la física y la metafísica. Para ello emplearé mi ya mencionado catalizador, además de un sensor ectoplasmoide que tengo en mente y que podría demostrar la influencia gravitatoria de fantasmas individuales. Con todo, no seré tan prepotente como para pensarme capaz de resolver todos los misterios del orbe sin ayuda y es por ello por lo que, desde estas páginas, solicito la colaboración de todos los parapsicólogos, espiritistas y mediums serios que estén dispuestos a invocar espectros y evocar presencias del pasado para dilucidar la veracidad de esta teoría físico-fantasmagórica que he de convertir en madre de la cosmología moderna.

Gazpachito Grogrenko
(primer ectoplasmólogo-astrofísico teórico del mundo)

LA TECNOLOGÍA ME RODEA

La tecnología me rodea en mi trabajo, tengo 2 ordenadores, 3 impresoras, 1 escáner, 1 fax, 1 máquina eléctrica, 1 fotocopiadora, y 1 teléfono.

Todo ello conectado con multitud de cables debajo de mi mesa, que espero -por Alá- no me vaya a producir un día un cortocircuito, salte una chispa y tengamos una combustión en el departamento!! Ah bueno, si no tengo departamento, tengo despacho!!

Bueno, en definitiva, que mi cuerpo serrano está expuesto a unos peligros posibles y no me pagan un "plus" de peligrosidad que sería lo más justo.

Además, no me puedo quejar todavía tengo ordenador, y puedo trabajar en mejores condiciones que mis colegas del siglo pasado.

Pues, como iba diciendo, habiéndome "quejado" (es un decir: comentado, hablado, expresado o lo que quieran ustedes) de esta situación, me dicen que es así que "esto de los ordenadores" va así y "qué le vamos a hacer". Por lo tanto, a mí que esto de la Tecnología me gusta y me atrae tanto, es posible que un día SUBLIME me abrace a los cables y me quede churruscada, y después todos hablarán bien de mí, y dirán "murió en acto de servicio" y aunque en ese momento

declararan zona "cero" al Despacho, no creo que hagan ningún monumento, y al próximo funcionario o funcionaria que le toque el turno de seguir ahí le volverán a decir "qué le vamos a hacer"!!!

Petra Salgado

A VUELTAS CON LA CIENCIA

El límite entre ciencia y pseudociencia es muy difuso. Muchas veces se piensa que la confusión era mayor en el pasado, cuando la ciencia estaba apenas desarrollada. Eso es verdad, pero sólo en un cierto sentido, porque todavía en nuestros días hay ciencias a medio desarrollar donde la confusión existe y deja lugar a la pseudociencia. Y tanto más porque la mayoría de la gente sabe lo bastante poco sobre ciencia como para que sea fácil embaucarla. De esto último hablaré en otra parte, pero aquí sólo quiero mencionar la relación entre esas ciencias a medio formar y un lenguaje especial por el que, según yo opino, se caracterizan.

Durante mucho tiempo se ha hablado de ciencias duras y blandas, incluyendo en las primeras a la física y, en cierto modo, a la química y sus hijas las ingenierías, y en las segundas la biología, la geología y casi todas las ciencias aplicadas relacionadas con la salud o la sociedad: sociología, medicina, antropología. En las clasificaciones se suele incluir a las matemáticas dentro de las duras, quizá como la ciencia más objetiva, pero entonces se olvida que las matemáticas, realmente, no son ciencia. No digo que sean una construcción mental, que no sean reales y reflejen la realidad. Pero no son ciencia puesto que son independientes del mundo al que ayudan a describir. Las ciencias duras son aquellas fiables, preferiblemente matematizadas, con gran poder predictivo y, aparentemente, infalibles. Pero también estas ciencias pasaron por una edad oscura llena de confusión. Hace poco tiempo, una persona más o menos racional podía confundir astronomía con astrología y química con alquimia y mística. Hace cuatro siglos todavía eran verdades las ridiculeces aristotélicas de los peripatéticos. Hace tan sólo un par de siglos la química apenas existía como tal y se podía buscar alegremente la piedra filosofal. Podía hablarse de ímpetus y flogisto, del éter o el calórico y parecía que aquello era ciencia. En aquel tiempo los "científicos" del ramo

utilizaban un lenguaje pomposo, confuso y esotérico dedicado, más que nada, a envolver en misterio sus "arcanos conocimientos" y, ante todo, a disimular que era poco o nada lo que se sabía. Pero estas ramas de la ciencia pronto alcanzaron un desarrollo tal que no hubo espacio para tan notorias falsedades. Estas ciencias duras, que tratan de realidades más o menos simples -fuerzas entre materia, enlaces entre átomos- pudieron simplificarse, matematizarse y, sobre todo, llegar a ideas claras y concisas que no requerían de un lenguaje truculento para maquillar la ignorancia propia. Ciertamente parece que tras el desarrollo de la mecánica cuántica y sus implicaciones cuasimetafísicas resulta que mi linda teoría se va al garete, pero según nuestros sesudos físicos, el único problema con el mundo cuántico es que nuestro sentido común no parece hecho para aceptarlo fácilmente, pero las teorías son válidas como instrumentos predictivos y, lo que es más convincente, han permitido desarrollar una tecnología muy real.

Las ciencias blandas se ocupan de objetos más complejos, sean seres vivos, poblaciones humanas, economías o ecosistemas. Los sistemas complejos son muy difíciles de definir y estudiar. No son tan asequibles a formulaciones matemáticas tan simples como las ya de por sí complicadas ecuaciones. Por eso no es raro que se basen en modelos y aproximaciones. Se llaman blandas porque están menos o más imperfectamente matematizadas. Pero son ciencias. O pretenden serlo.

Han mejorado bastante en el último siglo. Particularmente la biología, la medicina o la geología han alcanzado un estatus de ciencias respetables. Ya nadie habla del vitalismo o los cuatro humores. Han encontrado principios más o menos universales, válidos, comprobados. Son ciencias de pleno derecho. Psicología, economía, sociología, lingüística y tantas otras pretenden también alcanzar ese estatus. El problema es que en ellas, como aún hay confusión y falta de conocimientos, todavía queda espacio para las mentiras de la pseudociencia. Y no me refiero sólo a los embaucadores que siguen existiendo en todas las ramas del saber. Todavía tenemos astrólogos, sanadores místicos y milagreros. Me refiero a que dentro de estas ciencias jóvenes que estudian saberes complejos, todavía existen tantas lagunas que permiten la persistencia de lenguajes esotéricos y

cuasimísticos, de corrientes y escuelas enfrentadas. En mi modesta opinión, al margen de que las modelizaciones sean más o menos completas y el conocimiento nunca pueda ser total, un síntoma de que estas ramas del conocimiento van pasando del ámbito de la pseudociencia a la ciencia consolidada lo constituirá la simplificación de su complejo lenguaje que, como antaño, oculta bajo apariencia de arcana sabiduría la completa ignorancia. Otro síntoma será la desaparición de esas escuelas o tendencias a las que uno se adscribe por el azar de un profesor o la simpatía por una idea.

Quién sabe, tal vez en el futuro las demás ciencias sigan el camino de la física y, tras una fase en la que todo parezca claro y sencillo, se llegue a una segunda etapa de nueva complicación. En cierto modo estaría bien que así fuera. A los científicos seguro que les gustaría. Un mundo sin secretos que descubrir es demasiado simple y aburrido como para resultar interesante a una mente inquieta.

Juan Luis Monedero Rodrigo

ARTE CULINARIO

Iba a hablar de cocina y tecnología. Exclusivamente. Pero he decidido que este artículo va a versar, sobre todo, de tecnocracia. Dejo el título porque algo hablaré de mis problemas como cocinero y bastante de otros cocineros, o cocinillas metomentodos que me resultan de lo más molestos. Como el texto es cosa mía, pongo lo que quiero y lo titulo como me da la gana.

Visto así, comprendo que me podía haber ahorrado la aclaración. Ahora toca hablar de mis problemas –culinarios- con la tecnología.

No sé cocinar. No sé ni freírme un huevo y malamente prepararme un bocadillo. No se trata sólo de torpeza. También de vagancia. Y comodidad. Como todo niño bien que se precie (y mucho machista que no tiene dónde caerse muerto) nunca he necesitado prepararme la comida. Para eso está el servicio (o, en su defecto, la sufrida parienta, o la no menos sufrida mamá). Como siempre me lo han hecho todo, y todo estaba la mar de rico, nunca me había tomado la molestia de aprender. Ni siquiera de intentarlo. Hasta que llegó aquella ocasión en la que, dándole la vuelta al dicho, quería llegar al corazón de

una nenita a través de su estómago, es decir, pensaba que, demostrándole que yo era todo un chef, sería más fácil llevármela a la cama, más o menos para los postres.

Pensaba, y aún lo pienso, que eso de guisar es fácil. Cosa de ponerse y seguir las instrucciones de un recetario cualquiera. Así que yo, que había invitado a Lourditas a cenar, me hice con un libro de cocina y me metí en la cocina ultratecnificada de mi apartamento –que fue costeado y amueblado por mis padres-. Nunca había hecho uso de aquellos artefactos inmundos, tan nuevecitos como la propia cocina.

Abrí el libro por la página que más me había impresionado. Me leí las recetas. Sencillas –a mi parecer-. No me leí los manuales de la batidora, la cocina, el horno ni la termomix. Y así me fue la cosa, teniendo en cuenta que para mí es un misterio cualquier trasto con más de un botón. Porque aquello sí que fue una auténtica rebelión de las máquinas. Cada uno de los electrodomésticos emitió al menos un quejido o una explosión. Varios de ellos echaron chispas, La batidora me vomitó la masa inmunda recién preparada y el horno llenó sus paredes con los restos en sonora explosión.

Debo confesar que las máquinas no se me dan bien. Prefiero dirigirme a personas obedientes que cumplen con más facilidad mis órdenes. Pero, más allá de mi proverbial alergia instrumental, aquellas máquinas capullas parecían un poltergeist en mi presencia. El asunto no funcionaba ni para atrás y mi cocina nueva quedó, en poco más de una hora, hecha una porquería.

Al final, el catering fue mi salvación. Como tengo mano con varios restaurantes, me agencié un menú en toda regla y, cuando me lo trajeron al piso, lo metí en perolas y fuentes. Cuando Lourdes llegó, todo estaba dispuesto. Nada más verla, sentí como mis glándulas salivares comenzaban a funcionar a todo gas. Mucho más que al olor de la cena. La tía venía preparada para premiar mis esfuerzos: tan maciza como siempre y equipada con un vestuario aún más escaso de lo habitual.

Con el morro que me caracteriza, le enseñé el apartamento y me detuve especialmente en la cocina, para que viera el resultado de mis esfuerzos. La tía se descojonó al comprobar que todo había quedado hecho unos zorros y lleno de churretes de comida. Pero luego,

cuando le enseñé el menú que, supuestamente había surgido de aquel caos culinario, la tía se sorprendió agradablemente. Y yo me las prometía muy felices. Empezamos a comer, con velitas y todo eso. Con el primer plato su sentido del gusto recibió visible placer. Y estoy seguro de que el chichi empezó a hacérsele coca-cola. Lo malo fue que con el segundo llegó una sorpresa desagradable que yo no tuve en cuenta: había un mantelito con el nombre del restaurante que lo había preparado. "¡Mierda!", pensé. Y supe que Lourditas se había coscado del asunto y le cambiaba la cara. El grifo de la coca-cola se había cerrado. Para remate, cuando fui a servir el vino, la etiqueta era la misma. No me di cuenta de sacar otra botella y puse una que me mandaron del restaurante.

Consecuencia: terminó la cena y terminó todo. Porque la pavita se fue enseguida y no hubo ninguna escena estilo nueve semanas y media. La duda que me queda es si la nena se habría quedado conmigo de marchar la noche de otro modo.

Desde entonces mi relación con la técnica no ha progresado. Tampoco con el arte culinario. Y menos aún con Lourditas, miss "nunca más se supo".

Contando esto sólo consigo reforzar mi imagen de gilipollas integral y caradura. Y tampoco yo le veo mucha gracia al asunto. Es por eso por lo que voy a aprovechar la ocasión para lanzar un alegato tecnocrático y pseudoprogre que arroje sobre mi preclara inutilidad la duda de que mi cabeza pueda contener algún pensamiento interesante.

Voy a hablar de abogados, ingenieros, tecnología y política. ¡Toma ya! Al final voy a acabar como el Grogrenko, alucinando conmigo mismo y dedicado a la masturbación mental.

Voy a poner temas tan distintos en una misma olla para hacer un nuevo guiso. A ver si este me sale mejor. Voy al asunto:

Uno tiene la idea de que, por más que a uno le revienten alguna que otra cena prometedora, las máquinas en particular y la tecnología en general nos han simplificado bastante la vida. Las máquinas funcionan. Y eso mola. Por eso les estamos agradecidos a los cachivaches que nos arreglan la vida. No nos acordamos que tras las máquinas están quienes las hacen, es decir, los señores ingenieros. Unos medio científicos medio chapucillas a los que les interesa que las

cosas –sus cosas- funcionen. Y por eso en las industrias los métodos de fabricación y los artilugios se someten continuamente a controles de calidad para que la cosa marche. Y a todos ese modo de funcionar nos parece de lo más normal. Mezclar la ciencia, que ensaya para descartar errores y depurar teorías, con el mundo real en el que nos interesa que todo funcione, nos parece fenomenal.

Hasta aquí no he descubierto ninguna novedad.

Punto dos: todo el mundo está convencido de que los abogados son unos chorizos buenos para nada capaces de liar los asuntos más simples por medio de sus tortuosas leyes con el único objeto de buscar, en el río revuelto, su propio beneficio. Y todos procuramos huir de ellos como de la peste salvo que no nos quede otro remedio que ponernos en sus manos.

Hasta aquí todo normal.

Y ahora llega mi razonamiento, que no sé si es muy novedoso pero a mí me parece de lo más lógico, como a cualquier gilipollas le parece que sus pensamientos no pueden ser estúpidos.

El asunto es que, si los que saben hacer que las cosas funcionen son los ingenieros y los que lo lían todo de mala manera, no saben de nada y se dedican al mamoneo son los picapleitos, ¿cómo es que a la hora de elegir a quienes nos gobiernan siempre recurrimos a los inútiles? Casi todos los políticos son abogados, o economistas, que no sé qué es peor. Y a la hora de votar los elegimos como gobernantes cuando sabemos positivamente que, de forma individual o como colectivo, son unos inútiles buenos para nada salvo para forrarse. ¿No sería más razonable escoger como gobernantes a tipos que, en vez de vendernos su burro, optimizasen la política, como una fábrica, y fueran escogiendo los modos de gobierno y el funcionamiento de cada ministerio por el método científico del ensayo y error? A esto se le llama tecnocracia –sobre todo si se meten máquinas al asunto- y suele tener muy mala prensa. Pero a mí me da lo mismo. Como vago reconocido y cabrón en ejercicio, me parece genial eso de que los políticos se vayan a la mierda y los leguleyos dejen de tomar las decisiones importantes.

Ya sé que esto parece más impersonal. Y que a algunos lerdos les mola que les coman el tarro. ¿Por qué lo que hace funcionar una

empresa o avanzar la ciencia no vale para la vida diaria? También es cierto que algunos ingenieros sí son políticos. Aunque me da la impresión de que esos son los que querían medrar como fuera e igual podían haberse contado entre los abogados. Creo que los ingenieros de verdad, los que disfrutan cacharreando, no se meten a política porque no les interesa. A lo mejor les parece un asunto demasiado trivial como para dejar sus trastos. Es una pena que a los científicos e ingenieros no les interese gobernar. No sé si es por inteligencia -para huir del mamoneo de la política-, porque aquello es algo que les aburre -por demasiado simple- o porque no se les ha ocurrido plantearse el gobierno como problema objetivo que resulte interesante resolver.

¡Hala, pues ya está! ¡Joder! No sabía que me podía poner tan trascendente. ¡Optimización y tecnocracia! Y que vuelva Lourditas para que podamos tomarnos juntos los postres.

Sergi Lipodias

MANHATTAN BLUES
(PASEO IMAGINARIO POR LA ZONA CERO
UN DOMINGO DE OCTUBRE DE 2001)

La ciudad se impregna de la resaca
que invade sus calles cada domingo.
Se libera de todos sus habitantes
ocultándolos entre sus paredes de ladrillo.
Aquí no cantan los pájaros
ni nos alumbra el Sol del amanecer.
Aquí el humo gris envuelve las esperanzas
y teje un manto de ruido
que confunde el ánimo.
El camino para llegar a ninguna parte
comienza en esta ciudad,
tras cada esquina. En las aceras
hay una dirección a seguir
que lleva al silencio ensordecedor,
al murmullo contenido de las mismas sirenas
que llamaron hace tiempo a Odiseo
y que hoy están calladas por el restallar

de un látigo que atenaza
y obliga a huir corriendo
hacia ninguna parte.

Antonio Jesús López Jiménez

SER NOBLE

Hablar de modernidad no es mi fuerte. Suelo ser un poco revolucionaria y, a la hora de razonar, se me da mejor valorar el pasado. Por eso no me siento con fuerzas como para hablar de robots o máquinas. Pero sí puedo comentar asuntos del pasado y, de paso, hacer referencia a la tecnología avanzada que caracteriza nuestro tiempo.

Para ello voy a hablar, como en otras ocasiones, de una tribu. Se trata de un pueblo perdido de las selvas amazónicas que, en cierto modo, podría considerarse el más primitivo de los muchos que constituyen la humanidad actual, por desgracia cada vez menos diversa.

El pueblo en cuestión son los iji iji, término que vendría a significar algo así como "los señores" o los hombres por encima de los hombres.

El origen de la tribu no se conoce de cierto. Sin duda se pierde en esa noche de los tiempos en que el mundo fue colonizado progresivamente por primera vez. No constituyen una etnia peculiar. Son morenos y menudos, como tantos otros, aunque ellos se consideraban afines a los jíbaros aguarunas con los que, que se sepa, no compartían mayor parentesco.

La primera noticia, no obstante, de su existencia, nos la proporciona una breve nota en las memorias del soldado Exequiel Martínez de Miranda, perdido durante la expedición de Lope de Aguirre aunque milagrosamente rescatado, años después, por unos monjes jesuitas que lo encontraron medio enloquecido. Miranda sólo indicó que aquellos indios eran de los más salvajes y violentos con los que toparon y que atacaban por las bravas, sin buscar el refugio de la selva, y con total desprecio por sus vidas.

No especificaba el armamento que usaban o sus costumbres guerreras, lo cual habría sido interesante para conocer si habían cambiado mucho o poco para cuando se produjo el siguiente contacto reseñado en la literatura, que no fue sino dos siglos más tarde: alrededor del año 1760, cuando un aventurero portugués, de nombre Francisco Guterres, los descubrió de nuevo mientras anduvo por aquellas tierras y, si bien los encontró pacificados, lo que relató acerca de sus costumbres era cuando menos curioso. Su testimonio es fidedigno y coincide ampliamente con las investigaciones de principios del siglo XX del alemán Weinberg, que intentó ningunear las aportaciones de Guterres y, sin embargo, no aportó gran cosa a las conclusiones poco científicas del primero. Nadie con posterioridad a Weinberg ha sido capaz de dar con los iji iji, sin que se sepa si han desaparecido por alguna enfermedad, persecución o guerra, si han modificado sus extrañas costumbres, si han sido absorbidos por otra tribu, por la civilización o han perecido por culpa de sus propios usos.

El caso es que los iji iji merecen esta nota tecnológica debido a que es precisamente en su desprecio por cualquier tipo de tecnología donde reside su mayor peculiaridad. Lo que no está muy claro es si siempre fue así o fue el contacto con otros pueblos más "civilizados" lo que modificó sus costumbres y su moral en este sentido. No en vano las antiguas crónicas hablan de su belicosidad y, aunque no se mencionan las armas empleadas, no parece muy razonable suponer que atacaran a pecho descubierto y manos vacías.

En su libro de viajes, Guterres nos cuenta entre fascinado y sorprendido los usos de los iji iji. Las gentes de esta tribu, según él, se creían dotadas de una especial nobleza a la que no estaban dispuestos a renunciar. Se creían los únicos humanos verdaderos, una suerte de pueblo elegido por los dioses o los espíritus del inabarcable bosque. Y como tales, consideraban que cualquier aderezo a su humanidad era una traición a su esencia. Dicho de otro modo: el uso de cualquier útil o herramienta los reducía a una condición infrahumana. Alguno había, entre ellos, que renunciaba al ideario general y usaba sus manos para realizar labores. Pero estos individuos debían marcharse, tarde o temprano, del poblado, porque se convertían en la hez de la sociedad, despreciados por todos.

Un hombre de verdad nunca fabricaba herramientas. Si había de cazar lo hacía con sus manos. O se limitaba a capturar insectos o a devorar simples frutas. Pero un iji iji que se preciase jamás se rebajaba a emplear palos, piedras o cualquier otro utensilio. No usaban armas ni ropas. Ni tan siquiera se molestaban en fabricar sus refugios, puesto que cualquier tarea física de construcción los rebajaba de su especial condición.

Hablo de los iji iji y puede pensarse que me refiero en exclusiva a sus varones. Pero no es el caso, porque esta sociedad indígena era más bien matriarcal y todos, hombres y mujeres por igual, se sentían obligados a cumplir las mismas normas.

Según Guterres daba pena ver a esta pobre gente arrastrándose por el barro, cobijándose bajo el simple techado de una rama accidentalmente encontrada o reposando sobre la yacija donde había descansado cualquier otro animal. Ver a sus niños sucios e ignorantes capturando con sus propias manos una rana y devorarla viva con un gesto de animalesco placer en sus rostros.

Pero, a la vez, el portugués se admiraba de lo orgullosos que se mostraban los iji iji de sus costumbres y de cómo alardeaban ante él, miserable extranjero sometido al influjo de la técnica pecaminosa.

Guterres no pudo proseguir su estudio de aquella tribu de salvajes felices ajenos a la más mínima civilización que quizá habría hecho las delicias de su contemporáneo Rousseau. No por curiosidad, sino por el miedo bien fundado de que aquella gente que lo miraba por encima del hombro con visible asco de su contacto podía reducirlo a esclavitud o asesinarlo, como especie inferior, para devorar su carne miserable.

Es curioso que el alemán Weinberg no añada ni una nota original al trabajo de Guterres. Podría ser porque los iji iji eran así de simples y no había mucho más que contar, como novedoso, de ellos. Pero yo me decanto por pensar que la obra de Weinberg no es más que un plagio de la del portugués. Así como me atrevo a hipotetizar que los iji iji no siempre habían despreciado la tecnología y la modernidad que representaba, sino que, tras sus primeros y dolorosos contactos con los conquistadores ibéricos, habían renunciado a sus armas, sus guerras y todo aquello que significara asemejarse a los invasores.

Quizá, en respuesta a la tecnología demoniaca de los extraños, ellos decidieron retornar, como tantos sueñan, a esos orígenes supuestamente idílicos en que el hombre es sólo el hombre, un ser inocente y carente de todo salvo de su propia humanidad.

No sé si estaré en lo cierto. Pero la completa falta de noticias posteriores de estos iji iji me hace pensar que su modo de vida no fue muy exitoso y han desaparecido. O quizá, simplemente, son invisibles para los otros hombres, puesto que no construyen poblados ni herramientas y, posiblemente, se dedican a vagar en grupo como alimañas en busca del sustento diario por entre las frondosas selvas de las que se creen únicos amos y señores, los verdaderos hombres sobre la Tierra.

Euforia de Lego

EN EL NORTE

Dicen que hay un lugar en el Norte
donde sólo hay blanca nieve en el azul horizonte.
En el azul horizonte, nube oscura,
manto blanco, nieve pura.
Donde quiero vivir en la soledad del viento
en el azul del mar de sus orillas
donde puedo sentir mis pensamientos,
mi inquietud, sin angustia, sin prisa.
Dicen que allí el frío hiela el corazón
y congela el sentimiento.
El silencio entumece la razón
y mueve al recogimiento.
En el infierno de mi cueva interior
sólo yo entiendo
que en la soledad encontraré
reposo, olvido y remanso,
un trozo de cielo,
arrancado a ese inhóspito y cruel invierno.

Inma Rodrigo

LA MODERNIDAD POR LOS PELOS

La gente es muy "modenna" y hace lo que sea para seguir en la "onda". La gente también es muy borrega y se deja llevar por modas y novedades con increíble facilidad. Si no, no se entiende ese vicio por la imagen –que a veces parece por la falta de contenido- que se ha apoderado de muchos de nosotros. Y así muchas personas se empeñan en agarrar a la modernidad por los pelos.

Me explico: no comprendo que modas que a mí me parecen un poco bobas, como las de teñirse –tanto ellos como ellas- a la menor ocasión, o colocarse pendientes a mansalva, tatuajes, o los simpáticos piercings con los que alegremente se agujerean cualquier parte de su anatomía, vuelvan loca a tanta gente a mi alrededor.

No me voy a entretener demasiado en valorar estas modas. Simplemente diré que algunas de ellas, como las de los piercings, las escarificaciones o los tatuajes hace no muchos años se consideraban cosa de salvajes o de gente de baja estofa, ignorantes, en cualquier caso. Entre algunos pueblos eran símbolos de masculinidad o fuerza puesto que, dado el riesgo –entonces mucho mayor que ahora- de que la obra de arte se infectase y el individuo se fuera al hoyo de cabeza, aquel que tenía todo el cuerpo cubierto de tatuajes, raspaduras o taladros debía de ser, sin duda, el tipo más duro del barrio o, al menos, el más resistente. Dejando cuestiones religiosas aparte –como que los primeros cristianos dejaron de alterar lo que consideraban templo de Dios-, está claro que durante mucho tiempo se pensó la ausencia de tales prácticas como un signo de civilización. Y no hace demasiado tiempo, eso de teñirse –que era sólo cosa de mujeres- tampoco aparecía para el bello sexo como una necesidad tan perentoria como en la actualidad. De hecho había muchas mujeres que presumían de sus canas, tan naturales, por otra parte. Y muchas se conformaban y hasta se enorgullecían de tener su propio color y su propio pelo. Pero hoy parece que todo ha cambiado y que es palurda la que no se tiñe, es cutre la que exhibe sus canas –que son incomparablemente más feas que esas bonitas calvas que muestran muchas peliteñidas después de unos cuantos años de maltrato- y sosa la que no siente ese ímpetu de modificar su aspecto capilar cada dos por tres. Y claro, hoy a nadie le causa sorpresa que una mujer supuestamente indigente lleve los pelos

de un amarillo chillón mientras sus churumbeles pasan, según ella, un hambre atroz. Yo es que debo de ser muy torpe, pero no lo entiendo. Ni comprendo esa moda entre ciertos hombres de ponerse el pelo blanco y puntiagudo, como si en ellos, igual que en algunas mujeres ancianas, las falsas canas sí fueran bonitas –con la salvedad de que entre ellos puede usarse el rubio platino y entre ellas abundan los tonos violáceos en una cabellera peinada como una escarola-. Lo dicho, que yo debo de ser muy torpe al pensar que la comodidad o la salud del pelo están por delante de modas. Aunque, claro, quién en su sano juicio daría la nota en el mundo "in" luciendo unos pelos vulgares.

Y lo dicho para los pelos vale para las demás modas. Supongo que los pendientes son muy bonitos. Pero no termino de verle la gracia al hecho de que los hombres hayamos renunciado al privilegio de no llevarlos, a cambio del goce de que nos hagan agujeros en las orejas. Cosa que debe de ser lo más de lo más, porque si no no se entiende que a la gente le guste tanto que le hurguen con aguja y tintas en la piel. Por lo visto, los pelos hay que llevarlos cada día de un color mientras que en el mundo de los tatuajes –tan agradables de sufrir- lo que prima es que duren para toda la vida, aunque eso signifique que al hacerse anciano y tener la piel arrugada los bonitos dibujos y colores queden tan chuchurridos como su propietario. Pero claro, eso de ponerse falsos tatuajes –lo que en mis tiempos mozos llamábamos calcomanías y era la mar de divertido para un crío- es una nueva cutrez a la que sólo recurren los pobrecitos que no se atreven a tatuarse la piel. Aunque, puestos a demostrar que uno está en la cresta de la modernidad, lo bueno es hacerse agujeros por donde sea para colocarse –como siempre han llevado en la nariz las vacas- unos cachos de hierro la mar de decorativos y que demuestran a toda la humanidad que somos los más modernos y civilizados.

En fin, a mí, aparte de parecerme un poco arriesgadas esas prácticas, lo que no me convencen son sus calidades artísticas. Pero, como he dicho, siempre he sido muy torpe para estas cosas y hasta esas historias de ponerse determinadas ropas o volverse anoréxico por prescripción de la alta costura, peinarse como la estrella de moda, comer lo que me anuncian o vestir como un payaso porque es lo que se lleva siempre me han parecido auténticas chorradas.

Como a todo esto no le veo el sentido ni me parece que quien se deja llevar por estas modas estúpidas se vuelve más moderno –ni menos aún más interesante u original, eso que tanto se lleva ahora-, pues que cada cual siga alcanzando la modernidad a su modo, aunque sea por los pelos, los hierros o los pintarrajos en la piel. Y a mí podéis llamarme antiguo que no me voy a quejar por ello.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LO QUE NOS QUEDA

Ya no indigna encontrar la palabra clítoris en un poema;
es demasiado corriente, lo posee algo más de la mitad
de la población mundial.
Hace tiempo que ser "underground" es lo más adecuado
y en "Fashion TV" ya sólo desfilan anoréxicas
que ocultan sus huesos tras minúsculos conjuntos de encaje.
Parece que estar a la última moda es espantar a los cuervos
con más cuervos.
¿Quién teme ya a los espantapájaros?
Para alcanzar la fama, lo mejor, contar las propias miserias.
¡Hablemos de ser consecuentes! ¡Hablemos de la hipocresía!
Ahora los piratas no beben ron ni raptan a damiselas
cargadas de joyas y con una innata capacidad de adaptación
propia de una protagonista de una novela de Emilio Salgari.
Me gustaban: Juana de Arco, Marie Curie y hasta Lara Croft;
Pero hoy, ser "adicto a la heroína" es otra cosa.
Ahora los piratas no mastican tabaco.
Van dos horas a sus gimnasios de media tarde
y destrozan vidas como quien firma sentencias de muerte tras el café.
Sólo es grande la más grande de las empresas.
En estos momentos es difícil ser distinto, no insultar sin motivos.
Ahora hasta las tormentas de verano son comunes.
Sólo nos queda una opción, un sueño insensato:
podemos desaparecer en la vorágine del gentío,
arder en cada hoguera helada que encontremos en el camino

y renacer como duendes del bosque
que asustan a las tiernas niñas perdidas,
desde hace mucho tiempo inexistentes.

Podemos hacernos pasar por lobos heterosexuales, pero eunucos.

¡Una lástima para Caperucita!

Antonio Jesús López Jiménez

VIVO SIN VIVIR EN MÍ

Adoro los tiempos modernos. Yo, que en otros tiempos tuve, como cada quien, mis venas místicas, hoy me confieso adorador de la tecnología y de todas sus ventajas. ¿Cuándo un ciudadano de a pie había tenido a su disposición los recursos de los que goza ahora? ¿Cuándo había podido viajar a otros mundos cómodamente sentado en la butaca de su salón? ¡Ah, qué maravillosa es la técnica! ¡Y qué hermosos los ordenadores! Porque, lo confieso, es de los ordenadores y las videoconsolas de los que estoy rendidamente enamorado.

Yo, que en otros tiempos tuve otras adicciones, tanto químicas como morales, hoy sólo conservo una irrefrenable: la de jugar hora tras hora con los videojuegos de mis queridas máquinas: matar monstruos y marcianos, pilotar naves espaciales y motos superpotentes, volar, repartir leches a diestro y siniestro… ¡Cómo me habría gustado ser programador y diseñarme mis propios entretenimientos! Lástima que los programas no se hagan solos y que yo sea un completo ignorante de la informática. Quizá es por eso por lo que me gusta aún más dejarme hipnotizar por la pantalla, porque me parece aún más increíble ver esos muñequitos que desfilan incansables por ella a través de decorados a miles de colores y en estéreo.

A veces yo mismo me preocupo por mi vicio, porque me miro al espejo y veo los ojos enrojecidos y la barba incipiente que no he tenido tiempo de afeitar, porque me duele la espalda y porque, cuando mamá, por enésima vez, me llama impaciente para comer, no encuentro el instante adecuado para abandonar los personajes de la pantalla y proseguir en otro instante. En alguna ocasión me he planteado que puedo ser un enfermo. Hasta se me ha pasado por la cabeza la idea de

pedir consejo al señor Grogrenko –que sé que también disfruta de este divertimento- para que me indique cómo controlar mis ímpetus.

Pero no puedo refrenarme. Es una delicia convertirme en dictador del mundo y arrasar con mis poderosos ejércitos las huestes de rojos y comunistas que pululan por el orbe. Es maravillosos convertirme en la espada justiciera del señor mientras acribillo a todo bicho viviente que se asome por pantalla. Aquí los buenos son buenos y yo los represento. Los malos terribles. No existen la duda ni el error. Los colores son claros y límpidos. Y mi vida casi feliz.

Sólo echo de menos a mi Crescencia, que sigue sin atender mis requiebros. Quizá, sé que es una locura lo que ahora se me ocurre, pero quizá algún día pueda tener a mi Crescencia en la consola, y amar a su imagen virtual a través de las ondas electromagnéticas, convertida la consola, en cierto modo, en consolador. Entonces podría decir que mi vida es completa y feliz. Pero sé que sueño. Y noto que llevo mucho tiempo sin arrasar una civilización para calmar esta ansiedad. Mamá me recuerda todas las cosas que debo hacer, pero no quiero, no puedo seguir por más tiempo alejado de mis juegos. Hoy ya he hecho demasiado escribiendo esta nota. Otro día comeré. Otro día dormiré. Algún día empezaré a trabajar o a ayudar a mamá. Algún día. Pero hoy sólo quiero mi pantalla y mi joystick para disfrutar una vez más.

Narciso de Lego

¿HOY COMO AYER?

Otrora, por afortunada suerte pero amarga desgracia, el investigador, el científico, el inventor, el tecnólogo era un espécimen raro a los ojos de la sociedad. Era un empedernido romántico, sumido en ilusas quimeras. Un poeta incomprendido que no sintonizaba en la misma onda con quienes le rodeaban. Un loco visionario extemporáneo a la época en que le había tocado vivir. Y, no obstante, profundamente humano, pues encaminaba sus esfuerzos a mejorar las condiciones de vida de sus semejantes.

Su entusiasmo cuando descubría algo y quería llevar a la práctica cuanto su lúcida mente había ideado se estrellaba, como poco,

con la indiferencia oficial. En esas ocasiones, si no disponía de medios, sobre todo económicos, para llevar a feliz término sus ideas debía medrar y arrastrarse para encontrar un mecenas, un protector, un capitalista. Incluso se veía obligado a abandonar su tierra natal, por si la fortuna le sonreía en vecinos países y algún gobernante o magnate consideraba interesante su teoría o invención y tenía a bien ayudarle. Todos tenemos "in mente" casos como el de Cristóbal Colón o el de Isaac Peral, por citar algunos de los más archiconocidos.

En otros casos, no faltó el aprovechado de turno. Se llamaron suyos logros ajenos. Acaso su autor prefirió, como aquella consecuente madre del juicio salomónico, que su hijo viviera, viera la luz y pudiera servir a los demás durante generaciones, hasta que otro, tal vez tan generoso y desprendido como él, ideara algo más perfecto y al que quizás sucediera lo mismo.

Ocasiones hubo en que tales eventos tomaban aún peor cariz. Eran considerados tanto él como sus descubrimientos o inventos, diabólicos, demoníacos, heréticos. Si no rectificaba y renegaba de aquellas ideas era reo de las altas jerarquías vigilantes del conservador orden establecido. Y aunque dijera "sin embargo se mueve" debía públicamente retractarse de las purificadoras llamas de las hogueras inquisitoriales.

Martin's

ENCHUFES

Hay muchas definiciones de maldad. Y tantas clases de malvado como personas. Y hay quien pasa por malvado cuando toma la única decisión posible.

Así se presenta el caso del presidente Morgan, odiado por muchos, denigrado por todos y, sin embargo, fue el mejor líder que la humanidad podía haber encontrado para tales circunstancias.

Muchos me considerarán traidora por hacer un panegírico de personaje tan impopular. La mayoría me dirá que no soy objetiva en mis apreciaciones puesto que fui, durante mucho tiempo –antes, durante y después de su mandato- la secretaria personal de Morgan. Es cierto. Pero también yo podría acusar de parciales a todos aquellos que lo

acusan de criminal y genocida por sus actos, puesto que cualquier persona de este mundo se vio afectada de uno u otro modo por las decisiones del presidente.

Ahora que Morgan ha muerto –y sé que son muchos los que se alegran del triste suceso mientras afirman que se tenía bien merecido su destino- debo ser yo la voz que lo defienda. La que limpie su nombre y engrandezca su imagen a ojos de todas las generaciones futuras a las que salvó de la ruina.

¿Por qué hemos de ser tan hipócritas como para condenar el valor a la hora de tomar la única decisión posible? Si se llegó a tan triste extremo fue porque nunca nadie antes, durante los dos siglos que precedieron el desenlace final, tuvo el coraje o la simple inteligencia necesarios como para comprender en qué tremendo problema se iba a convertir la feliz idea de conservar las vidas de nuestros seres queridos mientras se buscaba el nunca hallado modo de perpetuarlas.

Fueron otros los malvados responsables del genocidio. No Morgan. Otros los imbéciles que nos condenaron a un callejón del que sólo el odiado presidente fue capaz de sacarnos. Y por eso lo condenamos y lo humillamos. Perdió la reelección, cuando antes había sido el más popular y querido de nuestros presidentes. El más honrado también. Y por eso mismo una panda de locos, alentados por la opinión general, se lanzaron a planear y llevar a término el magnicidio cuando perdió las últimas elecciones. Quizá pensaban que aquello no era un crimen sino la justa condena a que Morgan se había hecho acreedor tras su polémica decisión. La "ejecución", como aquellos locos la denominaron, tuvo lugar dos días después de que Morgan abandonara el palacio presidencial y se despidiera del pleno de las Naciones Reunidas.

Quizá la mayoría de los que lean esta nota hayan escuchado y creído la historia falseada que ha circulado durante años. Aquella historia que convierte a Morgan en asesino es un bulo. Otros tal vez no sepan nada de los antecedentes históricos que dan sentido a los difíciles tiempos que nos ha tocado vivir. Un pasado complejo, sí, pero superado por obra y gracia del denostado Richard Morgan. Si fue tan malo lo que hizo, ¿por qué sus sucesores no han intentado volver a la

situación anterior? Porque hizo lo mejor; lo único posible. Por todo ello, y por salvaguardar la memoria de aquel gran hombre, creo que tengo la obligación de contar toda la historia, desde sus remotos orígenes hasta su triste desenlace. Los datos que pretendo aportar aquí son contrastables. Cualquiera puede comprobar, si lo desea, su veracidad. Para eso hay archivos históricos, grabaciones, notas de prensa y miles de fuentes de información. Luego, cuando mi historia esté concluida, que cada cual juzgue a Morgan por sus méritos o sus crímenes. Sinceramente, no creo que haya tanta gente ciega como para mantener esa falsa imagen que muchos, quizá desencantados o frustrados, han querido crear de quien nos salvó del desastre.

Todo comenzó dos siglos atrás. Para ser más exactos, el inicio del problema se produjo hace doscientos veinticuatro años. Aunque los antecedentes de todo lo ocurrido podrían buscarse en las postrimerías del siglo XX. Y no faltará quien señale que el problema es más antiguo. Que ya lo sufrieron los antiguos egipcios y otras civilizaciones primitivas. El problema es el deseo del hombre por perpetuarse. Desde siempre el hombre ha estado dispuesto a hacer lo que fuera para eliminar la muerte o, cuando menos, retrasar lo más posible su llegada.

Filosofías aparte, lo cierto es que sólo el siglo XX con su incipiente tecnificación permitió que en algunas mentes soñadoras se materializase la idea de congelar los cuerpos de los moribundos a la espera de conseguir una cura para sus males, fueran estos una enfermedad o la simple senectud. Por desgracia para aquellas gentes, la técnica del momento no permitía la conservación de los cuerpos; ni tan siquiera la de órganos enteros o simples tejidos. Tan sólo las células, y no todas ellas, fueron congeladas con éxito. Por primera vez se conservaron células que luego se revivieron y se usaron con distintos fines: reproducción, investigación. Pero ninguno de los cuerpos congelados sobrevivió a la prueba. El hielo destruyó tejidos y células. Era igual que se congelasen cadáveres humanos o animales vivos. Ningún organismo complejo sobrevivió a la prueba.

Pero las técnicas avanzan y, como la idea permaneció en las mentes de las gentes, hace poco más de dos siglos llegó el momento en el que los sueños de pervivencia pudieron aproximarse a la realidad. Poco sospechaban entonces aquellos visionarios que su hermoso sueño

iba a convertirse en nuestra pesadilla. Para la mayoría de nuestros contemporáneos el doctor Mwinyi y todo su grupo de colaboradores siguen contándose entre los grandes héroes y benefactores de la humanidad. No se les pueden negar sus buenas intenciones. Pero sí habría que reprocharles su falta de previsión. Junto con una cierta ceguera propia de los ingenuos. También de los fanáticos que entregan su vida por una causa.

Aquel grupo de científicos consiguió congelar, cómo no, una rata y la mantuvo helada a –70ºC durante nada menos que un año. Y luego, milagro de los milagros, los investigadores comprobaron que, tras descongelarla, seguía viva y no necesitaba una compleja reanimación, ni sus tejidos estaban estropeados o su comportamiento se había vuelto extraño y su memoria confusa. Ratas son ratas y hombres hombres. Pese a los parecidos. Así que, mientras varias ratas seguían adormecidas y heladas cual bellas durmientes -para comprobar si el tratamiento era eficaz durante largos periodos de tiempo sin que el sujeto de estudio envejeciera o sufriera graves daños-, un par de ayudantes de Mwinyi –los famosos Douglas y Ben Barka- se ofrecieron voluntarios para arriesgar su vida en una prueba de congelación humana. Lo demás, ya es historia: el éxito de la prueba, la reanimación tras tres meses de hibernación, las pruebas posteriores, el largo estudio que demostró la inocuidad del tratamiento… Y la avalancha posterior de solicitudes para ser congelado antes de morir.

La congelación masiva no fue un resultado inmediato de la popularización del método. En principio, sólo algunos enfermos adinerados decidían arriesgarse a la congelación cuando les era diagnosticada una dolencia mortal sin cura en aquel momento, aunque, más pronto que tarde, muchos empezaron a considerar enfermedad la senectud y comenzaron a congelarse en cuanto que la vejez empezaba a imposibilitarlos con sus achaques, a la espera de que se hallase una "cura" para esa terrible enfermedad.

Poco a poco el método fue siendo conocido por la gente. No poca importancia tuvieron las espectaculares entrevistas a alguno de los escasos descongelados que fueron sanados de sus males no mucho después de ser hibernados. Poco a poco aquella práctica se convirtió en uso común, en verdadera moda. Al margen de padecer una

enfermedad, ¿por qué había nadie de morir si todos confiaban en que el futuro traería soluciones a todos los males, incluidas la vejez y hasta la propia mortalidad? Bastaba con apuntarse a esa otra inmortalidad congelada, de completa inactividad, a la espera de que los tiempos trajesen el milagro. Una vez que el hombre venciera a la muerte, todos los congelados podrían ser revividos, sanados, rejuvenecidos… Vivirían felices.

Al menos eso era lo que muchos suponían. Y, por más que el coste del tratamiento de congelación y el mantenimiento de la cápsula personal fueran elevados, pocos eran los que renunciaban a esa posibilidad de salvación. Y, antes de darse cuenta, desapareció el poco a poco de los comienzos y auténticas multitudes contrataban los servicios de alguna de las boyantes empresas criogenizadoras. Ya no sólo enfermos, sino también ancianos. Los que veían próxima su muerte y los que sufrían cualquier achaque de la edad o los inicios de una enfermedad degenerativa. Las leyes fueron tan permisivas al respecto, que incluso gente joven y saludable decidió congelarse con la esperanza de mantener su estado juvenil para un futuro en el que el envejecimiento no existiera. ¿Por qué arriesgarse a la vejez si se la podía evitar?

La situación se convirtió, de la noche a la mañana, en un serio problema. El negocio que había reducido las tasas de desempleo y, en los lugares más ricos, incluso las tasas de natalidad –los congelados no se reproducen-, terminó por ser una pesadilla para los gobernantes. Gente joven y que debería asumir su puesto en la sociedad, relevando a la generación pretérita, desaparecía en la pseudomuerte del hielo, dejando un vacío difícil de llenar. Personas capaces preferían la inactividad y buscar un futuro de imposible felicidad antes que comprometerse en las tareas rutinarias que hacen funcionar el mundo. ¿Para qué malvivir si uno puede soñar con un futuro de felicidad? ¿Para qué arriesgar la vida en un mundo primitivo cuando uno confía que el futuro le traerá la felicidad y la inmortalidad?

Grave problema sí. Olvidado, cómo no, por todos aquellos que condenan a Morgan a la más profunda y ardiente sima del infierno. Pero, bien mirado, tampoco el más grave de todos. No, desde luego, el que forzó la drástica decisión del presidente de la Naciones Reunidas.

El que la gente hibernase por cualquier razón era, a fin de cuentas, un asunto de libertad personal. Cada cual, en principio, podía hacer con su vida lo que le viniera en gana. Y si ello era congelarse, y desaparecer del mundo de los vivos y activos, era cosa suya. El suicidio puede considerarse un pecado y, en determinadas circunstancias, un delito, pero, en general, las leyes no suelen condenar al suicida, como tampoco condenan al que se hace fraile o se dedica a la meditación lejos del bullicio del mundo. El problema más serio no era ese. Los vivos debían articular métodos para que la sociedad se mantuviese, aunque no parecía cosa sencilla desanimar a aquellos que pretendían congelarse para que aplazaran su decisión.

Decisión personal, sí. En principio lo era y, como tal, respetable y legal. Pero un asunto personal deja de serlo cuando afecta a la vida de todos los demás. Aquí podría decir que los problemas sociales generados por la criogenización habrían justificado por sí solos su erradicación. Y no me faltaría razón. Pero, a ojos de un demócrata y humanista como fue Morgan, esta acción sí que habría supuesto un crimen.

Él se sintió obligado por una razón de más peso, por una fuerza inevitable. El problema no residía tan sólo en respetar voluntades ajenas. Ni en que las decisiones personales pusieran en peligro la economía o el simple mantenimiento de la sociedad humana. Lo más grave era que aquel comportamiento condenaba a la humanidad al colapso energético.

Incluso en nuestros tiempos en los que la tecnología ha progresado tanto que nuestra maquinaria alcanza cotas insospechadas de eficiencia, y en que hemos diversificado y multiplicado nuestras fuentes de energía sin alterar, como en el pasado, la composición de nuestra atmósfera, el desmedido consumo energético de las máquinas de criogenización había llevado hasta el límite la capacidad del hombre para obtener energía suficiente con que mantenerse.

Olvidémonos, aunque no sea lo más razonable, del calentamiento provocado por tal despilfarro energético. Olvidémonos de las ingentes cantidades de recursos materiales empleados e inmovilizados para fabricar las "neveras" y los "depósitos de carne" – ahora algunos omiten estos términos jocosos con los que se referían

anteriormente a la maquinaria criogénica, pero lo cierto es que la mayoría los empleábamos sin pudor en un pasado bien reciente para todos- donde alojábamos a humanos de diez generaciones distintas. Un número tan elevado que se hizo parejo al de la población actual de nuestro limitado planeta, por más que nuestra demografía se halle más controlada que la de la época anterior al desarrollo de la hibernación.

Hasta de eso podemos olvidarnos, con la vocación suicida que ha caracterizado al hombre cada vez que debía plantearse la resolución de un problema a largo plazo. Pero lo que nadie debería olvidar es que toda esa maquinaria requería energía para funcionar. Mucha energía. Tanta que, en su crecimiento exponencial desde que Mwinyi congeló su primera rata, había superado con creces la energía consumida por el mundo de los vivos. Tanta que, a fin de cuentas, ya no podía ser más. Y, como que Morgan no podía incrementar la energía disponible, ni mucho menos reducir aún más la necesaria para que funcionaran la sociedad, la industria, la agricultura, el transporte… la vida de los despiertos, a fin de cuentas, no hubo otro remedio que desenchufar a los que habían escogido la semivida del hielo. Quizá Morgan podía haber mantenido las neveras existentes. Pero eso habría sido injusto para todos los demás. ¿Acaso tenían más derecho a preservar su existencia las generaciones pasadas que la actual? ¿Acaso los hibernados tenían derecho a hipotecar el desarrollo de la sociedad actual, privándola de recursos infinitos? Obviamente no. Y eso fue lo que vio claro Morgan. Igual que lo vieron sus consejeros. Igual que lo vieron sus colaboradores y hasta una simple secretaria como yo. Igual que lo puede ver cualquier persona lo bastante razonable como para acercarse a la información sin prejuicios y valorar objetivamente lo sucedido.

Morgan no tenía otra opción. O toda la humanidad tenía derecho a preservar su existencia por medio de la criogenización y confiar en ese futuro color de rosa en que los vivos tendrían espacio y recursos para los hibernantes, así como la tecnología necesaria para librarlos de sus males y otorgarles esa perdurabilidad –ya no diré esa utópica inmortalidad en que muchos creían- con la que soñaban, o nadie merecía ese privilegio. Eso es justicia. Democracia. Aunque pocos lo entendieran así.

Por eso, sabiendo que el colapso energético estaba próximo –mucho más que el térmico o el material–, Morgan adoptó su trascendental decisión: el suministro energético de las máquinas de criogenización sería suprimido. A las empresas congeladoras no les quedó otro remedio que el de revivir a todos sus hibernantes antes de que las máquinas fueran apagadas –"desenchufadas" se dijo en el argot de los políticos y el término se extendió con éxito a todo el pueblo– y la descongelación drástica matase a todos los que no hubieran sido revividos con el método correcto.

Y, a qué negarlo, aquella situación sí que fue dolorosa y terrible. Millones de ancianos y enfermos fueron despertados tan sólo para morir. En todos fue la mayor de las decepciones la que siguió a la tremenda ilusión de verse despiertos. Todos pensaban que se los revivía sanos, jóvenes, curados. Todos enloquecieron al comprender que el mundo no era mucho mejor que cuando iniciaron su largo sueño y que la vigilia sólo significaba su condena a muerte, la misma que habían creído poder aplazar en el hielo. Poco importaba que el verdugo fuera la enfermedad o el paso del tiempo. El resultado era el mismo: la muerte. Tampoco fueron mejor las cosas para los jóvenes resucitados, que hubieran preferido mantener sus cuerpos lozanos hasta que los vivos les pudieran asegurar la ansiada –e imposible– vida eterna. Hubo gritos, llanto, violencia. Se estuvo cerca del caos.

No fue fácil para los vivos integrar a tanta gente en su mundo. Primero se les obligó a renunciar a la idea de poder congelarse antes de morir y luego se les forzó a hacer sitio a todos los revividos. Millones de personas incrementaron el número de los vivos. Y todos necesitaban comida, alojamiento, energía. Aunque menos que los que derrochaban dormidos. Y los jóvenes revividos suponían nuevas manos y cerebros que podrían ayudar al mantenimiento del mundo, y no ser una carga para los demás. Aunque nadie parecía entender los argumentos. Hubo revueltas y auténticos levantamientos tanto de vivos como de revividos. Todos estaban de acuerdo en que Morgan era el demonio personificado que los había condenado a esta vida, según ellos miserable. Podían descargar todo su odio sobre su persona y, por extensión, sobre las instituciones que lo apoyaban y representaban.

Por fortuna, la sangre no llegó al río. Fue penoso, por supuesto, contemplar la muerte de millones de seres humanos que habían confiado su vida a la tecnología del futuro. El futuro los había defraudado y sus antiguos males –enfermedades o vejez- los mataban sin piedad. Daban lástima, sobre todo, aquellos que no conservaban parientes o amigos ni entre los revividos ni entre los que moraban en aquel –para ellos- lejano futuro. Cualquier persona sensible –y Morgan lo era- habría sentido encogerse su corazón. Pero nada se podía hacer por ellos.

La sangre no llegó al río y lo peor de la crisis se solventó en un par de años. Para entonces, cuando se acercaban las elecciones, ya estaba más que claro que Morgan no saldría reelegido. Era el hombre más odiado del mundo. El enemigo público número uno. Y él lo sabía. Lo supo cuando tomó su decisión y aceptó sus consecuencias. Pero hizo lo que debía.

Pocos se han fijado en que, desde entonces, y aunque sólo han transcurrido once años desde la polémica decisión y muchos de los revividos aún están entre nosotros para renegar de la memoria del presidente, nuestro mundo marcha mejor que antes. La economía va viento en popa. Hay más recursos y bienes para todos. Y, aunque se prima el ahorro energético, cada ciudadano de este planeta dispone de más energía para derrochar que hace apenas una década. Era lógico. Era razonable. Todos lo sabían. Pero hubo de ser Morgan quien afrontara la terrible decisión de salvar a sus semejantes y perder su afecto, dejar de ser popular y querido. Y, sobre todo, perder su vida.

Morgan es un héroe. Lo es para mí y debería serlo para toda la humanidad. Quizá suceda así en el futuro. El paso del tiempo nos vuelve objetivos con lo sucedido en el pasado. Aunque también nos hace perder la memoria. Y no me extrañaría que en un futuro no muy lejano alguien –tan ingenuo como para no saber lo que hace o tan ambicioso que no le importe condenar a las generaciones futuras para abrazar el poder en la suya- ponga en marcha un nuevo proyecto mundial de criogenizaciones. Por nuestro bien, espero que no sea así. El precio será renunciar a nuestro bonito sueño de vivir hasta ese futuro lejano y utópico lleno de perfecciones que nos gustaría disfrutar. El premio un mundo mejor para los que ahora vivimos.

Me gustaría que todo el mundo honrase la memoria de Morgan. Pero sé que, por más que me irrite, seguiré escuchando a los chocarreros insultarse en nombre del viejo presidente para el que ya no hay congelación posible. ¿Cómo dicen por ahí? ¡Ah, sí! Cuando uno cree que le ha dado su merecido –dialéctica o físicamente- a quien se ha portado mal –según el ofendido-, es normal que le diga aquello de que "y ahora vas y te congelas como Morgan". Al margen de lo imposible de esa hibernación de un presidente asesinado, me causa una lástima infinita escuchar burlas como esta en labios de quienes no lo conocieron ni comprendieron.

Ahora que todo está dicho, y aunque no sé si mi conciencia se siente más tranquila, confío en el buen criterio y la objetividad de quien lea estas notas. El futuro decidirá si Morgan era un ángel o el demonio cornudo y rabilargo que ahora nos pinta la imaginación popular.

Juan Luis Monedero Rodrigo

SÍNTOMAS
Nóminas
Oposiciones
Concesionario, coche
Seguro.
Inmobiliaria: casa, hipoteca de
Esos veintiséis millones que nunca verás juntos,
Seguro.
¿Noviabodamatrimonio?
Confesionario.
Memoria
Breve, pero histórica.
Ana Manuel
Y
Víctor Belén.
Nos estamos haciendo mayores…

R.M.L. OCTUBRE 2003

MUNDO DE COMPLEJIDAD CRECIENTE

Si no fuera tan sencillo complicarse.
Si no fuera tan complejo
conseguir hacer del mundo un sitio fácil.
Si pudiera ser tan sólo un tipo simple
y sin problemas de cerebro que compliquen la existencia.
Si la luz brillase siempre, si la duda se escondiera,
si la gente fuera amable, todas las personas buenas
y yo justo el individuo que todo el mundo desea.
Si todo fueran simplezas y mentiras,
perdería su interés para cualquiera.

Juan Luis Monedero Rodrigo

¿TERROR A LAS MÁQUINAS?

No tiene sentido temer a las máquinas. Pero no podemos evitarlo, porque siempre tememos, ante todo, a aquello que guardamos escondido en el interior de nosotros mismos. Ya lo sabían Descartes y los mecanicistas: el hombre no es más que otra máquina, la máquina humana. Por eso terror. No a las máquinas en sí. Sí a las máquinas que nos recuerdan que no somos otra cosa que imperfectos mecanismos. Máquinas cada vez más perfectas que, al cabo, nos llegarán a superar y nos demostrarán que no somos máquinas complejas, sofisticadas o únicas, sino simples juguetes sin valor.

El temible burlón

LA MÁQUINA DE GUAPOS

Corría el año chopotocientos mil tropecientos chorrenta y tantos cuando nació el protagonista de esta historia. Se llamaba Ruperto Montepardo, y no tendría nada de particular en nuestros días, pero en su época era distinto de todos los demás.

Su primer día de colegio ya fue especial, como lo es el de cualquier niño, pero también distinto del de los demás. Cuando la profesora pronunció su nombre en la clase, todos los otros niños se

quedaron extrañados, y más aún cuando reconocieron el aspecto del que se escondía tras ese apelativo. Ruperto recordó entonces las palabras de su padre, si bien todavía no las comprendía muy bien. Él siempre le decía: "Hijo, no te preocupes porque seas diferente a los demás". A nosotros también nos sonarían raras estas palabras si no supiéramos la historia de Ruperto:

El padre de Ruperto, Johan, siempre había sido muy original. Por principio siempre había estado en contra de la Máquina de Caracterización Genética, MCG, o la "máquina de guapos" como la llamaba él. Este artilugio tenía almacenados todos los genes con todas las posibles características humanas. Con ella cada niño que venía al mundo podía ser como sus padres desearan, ya que podían seleccionar todas y cada una de las características de su futuro hijo. Como es normal, hubo unas características que desde el principio fueron las más solicitadas y utilizadas, hasta que terminaron siendo prácticamente las únicas. Siguiendo los cánones de belleza de la época, la mayoría de los padres pedían que sus hijos fuesen altos, guapos, listos, rubios y de ojos azules. Que uno quiera que sus hijos sean listos y guapos parece cosa lógica, pero eran los dos últimos caracteres aquellos que, sin parecer importantes, eran más solicitados. Hasta tal punto sucedía de ese modo que no era extraño ver en aquellos días niños negros, rubios y de ojos azules, o asiáticos con las mismas características. Pero lo realmente grave llegó cuando esta tendencia se acentuó. Porque, al considerar que esas nuevas características no cuadraban del todo con el resto del aspecto general de las dos razas, los padres africanos y asiáticos adquirieron la costumbre de solicitar hijos de aspecto totalmente caucasiano. Aunque el tipo caucásico en sí mismo ya es demasiado variado en comparación con el resultado de aquellas peticiones. La realidad es que todo el mundo terminó poblado por hombres y mujeres del tipo escandinavo, aunque la Máquina todavía conservaba la totalidad de las características de los otros tipos y razas humanos.

El mismo padre de Ruperto respondía a estos rasgos nórdicos, pero no quiso que su hijo fuese uno más entre el mar de

rubios, así que los caracteres que solicitó para él estaban muy lejos de la supuesta perfección de rasgos que mostraba el resto de la gente. Johan era consciente de que aquello sería una gota entre un millón y no pensaba que nadie siguiese su ejemplo. Sólo confiaba en que Ruperto le comprendiese. Y, llegado el momento, obrase como él.

Lamentablemente, cuando Ruperto contaba sólo con dos años de edad la MCG sufrió un cortocircuito. Se consideró un accidente, aunque muchos pensaban que fue provocado. Aquello ocasionó la pérdida de toda la información genética almacenada en sus bancos de datos, lo que hizo que desde entonces ya no se pudiese realizar la elección habitual de caracteres. Las autoridades no dieron excesiva importancia al suceso porque, al fin y al cabo, ya todos los hombres eran lo suficientemente perfectos como para no necesitar a la máquina.

La única persona que lamentó la pérdida fue el padre de Ruperto, quien vio como sus esperanzas de que en el futuro volviera a existir una humanidad variada se esfumaban. Infinidad de tipos raciales habían desaparecido con la Máquina.

Johan tenía noción de que sus antepasados habían sido pequeños y velludos hombres del tipo mediterráneo. En esa idea se había inspirado para crear su Ruperto. Y se desconsolaba pensando en la pérdida de esos caracteres junto con muchísimos otros. Ahora la única esperanza de Johan era que su hijo alguna vez encontrase pareja y perpetuase sus rasgos.

Con estos antecedentes es fácil comprender la razón por la que Ruperto era observado con curiosidad por todos los niños rubitos que lo rodeaban en clase durante su primer día de escuela.

Por sorprendente que pueda parecer, fue este un momento crucial en la vida de Ruperto. Fue entonces cuando empezó a darse cuenta de que era diferente del resto de la gente. Y no sólo en su aspecto, de eso también se dio perfecta cuenta, sino también en su nombre.

Igual que había un prototipo de belleza al que se ajustaban casi todos los individuos, también existían unos cuantos nombres de uso generalizado que habían desplazado a otros que no

se consideraban tan eufónicos. De hecho, casi todos los hombres y mujeres respondían a nombres tan bonitos, según el subjetivo criterio de aquellas gentes, como Johan, Steve, Anne, Natalia y unos pocos más. Muchos, incluso, habían cambiado sus apellidos verdaderos por otros que consideraban más acordes con sus bellos nombres, de forma que abundaban los Goodman o Clever entre otros filantrópicos y presuntuosos apellidos que, al parecer, les hacían sentirse mejores personas.

Nuestro Ruperto Montepardo no era una de esas preciosidades absolutas que le rodeaban pero, desde aquel día y durante toda su vida, comprendió que era distinto y se acostumbró a ello como a una enfermedad incurable.

Cuando Ruperto se fue haciendo mayor, comprendió que el hecho de ser diferente de los demás era una cuestión que debía preocuparle. Porque, por ejemplo, a Ruperto le avergonzaba mucho tener que afeitarse, ya que todos sus compañeros eran barbilampiños, y trataba de disimular su barba con varios afeitados diarios que no dejaban que asomara el menor rastro de ella. Además, Ruperto comprobó que para dirigirse a sus compañeros siempre debía mirar hacia arriba, lo cual era especialmente molesto si consideramos el complejo de inferioridad resultante y, en otro orden de cosas, el simple hecho de que los perdigones de saliva que escapaban de la boca de sus interlocutores solían caerle sobre la cara. Por si esto fuera poco, Ruperto debía soportar las burlas de sus compañeros por su inferior condición física Y, si bien es cierto que Ruperto no era un Apolo ni un Hércules, tampoco era un adefesio ni un enclenque. Pero claro, comparándolo con los fortachones guaperas que lo rodeaban, el pobre no salía bien parado.

Cuando Ruperto comenzó sus estudios superiores ya tenía muy asumidos estos problemas. Pensaba que, al fin y al cabo, si a alguien no le gustaba que fuera bajito, moreno, velludo y de ojos pardos, bien podía dejarlo en paz o fastidiarse. Él no podía evitar ser lo que era.

Después de todo, Ruperto comprobó que la situación no era realmente tan mala. Se dio cuenta de que ser la oveja negra tenía

sus ventajas. Y algunas de ellas nada desdeñables. Como era distinto de los demás, todas las miradas femeninas se dirigían hacia él. Entre la monotonía de Adonis, ser distinto significaba poseer un atractivo especial.

Como, al menos, su padre quiso que fuese tan inteligente como los demás, Ruperto terminó sus estudios sin mayor problema. Sus mayores dificultades le llegaron a la hora de casarse. Y no porque no tuviese pareja. Su novia era una rubita de ojos verdes. Ya se ve que, cuando menos, también ella era original en algo, y es que en su familia ese color de ojos siempre había sido el preferido. Su problema no fue ese, sino el temor de las autoridades a que los caracteres de Ruperto fuesen dominantes y el mundo pudiera en el futuro repoblarse de imperfectos enanos morenos. No obstante, finalmente accedieron a su matrimonio ya que pensaron, un poco tontamente, que su "imperfección" dificultaría a sus posibles descendientes el encontrar pareja y, en consecuencia, extender sus caracteres por el mundo entero. Así Ruperto se casó y tuvo hijos. Por el método tradicional, que era el que se usaba después de la destrucción de la MCG. Sus hijos heredaron bastantes de sus características, y resultaron ser tan atractivos para el sexo opuesto como lo había sido Ruperto. Y lo mismo sucedió con sus hijas.

De este modo, la reacción se produjo en cadena, de generación en generación. Llegó un momento en que las autoridades, aunque lo hubieran querido, no pudieron frenar esta nueva diversificación humana que, aunque en verdad fue más bien limitada, no por ello resultó menos importante.

Al cabo de mucho tiempo y de muchas generaciones, era tan normal ver en la Tierra morenos altos y bajos como rubios de ojos azules, verdes o pardos, rubios velludos como morenos bajitos y lampiños, personas guapas y no tan guapas, fuertes y débiles. Con la variación en el físico llegó también la diversificación en los nombres, en los gustos, en los modos de ser. Empezaron a surgir los Rupertos, Arnaldos, Remedios. También los inconformistas, los horteras, los revolucionarios.

Ruperto había sido como la manzana podrida que contagia su condición a las demás. El sueño de Johan, su padre, casi se cumplió, aunque ni él ni su hijo llegaron a verlo. Pero sólo casi. Porque, ¿cómo recuperar todos los caracteres perdidos? ¿Cómo devolver al mundo sus negros, sus asiáticos de ojos rasgados...?

Quizá con el tiempo, después de muchas generaciones y muchas mutaciones, reaparecerían aquellos u otros caracteres. O quizá no. Tampoco se pueden pedir peras a un olmo, como no se puede esperar de un hombre un milagro. ¡Demasiado había hecho él con ser el único preocupado por tener un hijo diferente!

En cualquier caso, lo que se había recuperado era casi tan importante como los tipos humanos perdidos. El hombre había recuperado el concepto de la originalidad y, como muchos empezaban a considerar normal, el de que: "en la variedad está el gusto"''

Resulta obvio que para Ruperto ser distinto no fue muy ventajoso. Tanto él como sus inmediatos descendientes no pudieron dejar de verse como bichos raros. Aunque a los demás pareciera complacerles su aspecto. De otro modo no se explicaría tan rápida diversificación. Lo que parece claro es que en esta historia el único personaje consciente de la trascendencia de sus actos fue Johan, el padre de Ruperto, que sabía el precio de los sueños, aunque nunca habría imaginado el éxito de su idea. En este caso el precio pagado, en la forma de la aparente marginalidad de sus descendientes, fue muy bajo con respecto a lo finalmente conseguido.

Juan Luis Monedero Rodrigo

(extraído y revisado de "Mucho Cuento", JLM 1988)

DESDE MI VENTANA

¿Y si te dijera que desde mi patria desangelada
apenas veo a lo lejos el blanco y verde cementerio?
¿Y si te contara que en mis últimas cenas
un sublime susurro me condenaba, en silencio,
a la lejanía más profunda del abismo?

¿Y si te digo, amor mío, que desde esta noche sin estrellas
cuido de ti?

Sonia

CARTAS AL DIRECTOR
(devorado, sin duda, por la rebelión maquinal)

He leído su artículo titulado "conciencia de clase" (revista nº 13) y me agrada ver que todavía hay gente con inquietudes y motivada a reflexionar sobre las desigualdades y las diferencias de clase.

La pena es que este articulo merecería que lo leyeran más personas, porque animaría el espíritu de muchos, ver que alguien se preocupa de escribir sobre estos temas que son trascendentes, pero que no venden (en esta sociedad de consumo los artículos se compran y se venden), y prefieren escribir sobre lo último de Gran Hermano etc. etc.

Ante todo enhorabuena, y que siga adelante.

Petra Salgado

Estimado J. Luis: he leído tu artículo sobre el "Che" y aunque creo que intentas buscar una objetividad , yo creo que es imposible, en este tipo de cuestiones.

Por un lado estoy de acuerdo en que el símbolo del Che Guevara, que ha hecho vibrar a mucha gente, sigue en vigor hoy día, pero no lo estoy en lo que dices "sobre que tan sereno y austero en su famoso retrato no me parece un tipo tan importante": pues es cierto tiene ese aire soñador, mirando hacia algo y que quizás ha hecho soñar en UTOPIAS a miles de personas, pero que quizás esas personas no estaban pensando que era un "adalid" de guerra, sino alguien que lucha por unos ideales, en los que cree tiene derecho como ser humano. Por lo que creo, que pese a muchos, sí ha sido importante, como símbolo o icono a seguir, pero esos miles que le han aplaudido, o

le vitorean, o llevan su imagen en una camiseta, están pensando en una persona luchadora e idealista.

Es cierto que los problemas del mundo no se arreglan machacando al adversario político, pero en algunas zonas de este planeta, o sea en América Latina, parece que no han tenido muchas posibilidades de hacer otra cosa

Por otro lado, me ha sorprendido en tu artículo, que digas que el Che, es un fraude, ¿por qué? Yo creo que fue un hijo de su tiempo como dices, y en la historia se han visto líderes que hicieron cambiar el mundo, aunque ese cambio fuera imperfecto, pero era más perfecto que lo que había.

Y finalmente te diré que creo que sí saben los que adoran al Che, qué es lo que les fascina: su espíritu indómito, pero al servicio de unos ideales colectivos, los cuales aunque no estén de moda, siguen en vigor, porque esta sociedad en que vivimos es injusta, desde el punto de vista económico y social y mientras siga existiendo esa injusticia, y vamos hacia más capitalismo, seguirá habiendo gente que admire o idolatre a cualquier símbolo que le dé una esperanza,

Bocarizzo

(esta carta hace referencia a un artículo que aparece en el número 13 de la revista –Hasta la última gota- y que lleva por título "Sobre héroes y tumbas")

TECNOLOGÍA Y CLASES

No me canso de predicar en el desierto. Soy lo bastante generosa como para mantenerme en mi empeño de arrojar luz sobre este mundo de tinieblas en el que se han olvidado casi todas las buenas costumbres. Si quieren acúsenme de proselitismo. Si logro convencer a una sola oveja descarriada, me daré por satisfecha.

No voy a hablar de tecnología, pues de este tema nada conozco en absoluto. Y me siento orgullosa de ello, cómo no. Dejo las máquinas a los técnicos y al vulgo. Pero una no puede escapar a la terrible influencia de la tecnificación. Y es por ello por lo que quiero hablar de las funestas consecuencias que la tecnología ha tenido, tiene y seguirá teniendo sobre la buena sociedad.

Muchos revolucionarios se empeñan en borrar las diferencias de clases. Olvidan que no todos podemos ser iguales. Que hay categorías en la riqueza y la pobreza. Que la nobleza es un don que no se compra con dinero y que un siervo no deja de serlo poniendo máquinas en su lugar.

Hoy en día, hasta la honrosa servidumbre parece pasada de moda. Cuando para la clase baja siempre fue motivo de satisfacción su propio trabajo -ese castigo divino convertido en don purificador- y su máxima aspiración era poder atender a las gentes nobles y de buen tono, sabiendo que, con el contacto, siempre se pega algo bueno de quien nada malo tiene que ofrecer. Cuando el mundo estaba ordenado, llegaron la revolución industrial y la revolución social para ponerlo todo manga por hombro y crear confusión y caos donde sólo existía designio divino. Una acaba por aceptar que haya quien, encumbrado por el dinero, pueda ascender socialmente y engendrar hijos o nietos libres de la mancha de un origen oscuro y plebeyo. Pero no comprende que, en nuestros tiempos, se criminalice el trabajo de la gente humilde y se la anime a desear el ocio y la riqueza.

Esta tecnología que ha liberado a las buenas gentes del honroso trabajo, de los más naturales sudores, no puede ser nada bueno. Esta tecnología que con sus electrodomésticos y herramientas tiende a borrar las diferencias de clase, ofende al buen gusto. Las gentes de baja extracción trabajan cada vez menos y hasta se permiten lujos para los que no deberían estar dotadas. La tecnología hace que las mujeres pobres se igualen con las ricas. Que las primeras no tengan que cuidar su casa y que las segundas no encuentren con facilidad un servicio decente. La tecnología vuelve la servidumbre algo pasado de moda, y hasta da glamour a las marujas que antes sólo arrastraban sus mochos por el suelo, y en tiempos pretéritos se arrodillaban para limpiar.

No puede ser bueno que las personas aspiren a más de lo que son y se vean libres de sus cargas sin merecimiento alguno.

Sin duda, este mundo nuestro camina derecho hacia la perdición.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera

EPÍLOGO

¿Cuántas novedades tecnológicas se habrán desarrollado en el mundo desde que comenzaste a leer esta revista? Hayas sido rápido o lento, es seguro que muchas. Quizá incontables, aunque, posiblemente, sólo unas pocas sean importantes. La progresión es exponencial. Cuando la tecnología adquiere protagonismo su evolución se acelera a un ritmo insospechado. Es tan fácil quedarse desfasado. Es tan difícil para los países que no se han enganchado siquiera al furgón de cola de la modernidad cruzar ese enorme espacio que ahora los separa de dicha tecnología. Y más aún con las incontables zancadillas que les ponen los ricos.

El futuro siempre nos fascina tanto como nos asusta. Aunque tal vez en los últimos tiempos nos asusta mucho más precisamente porque todo cambia demasiado aprisa. Tanto como para que muchas cosas nos resulten extrañas e incomprensibles. Tanto como que las máquinas nos pueden causar un cierto pavor, ya sea abstracto o bien concreto. No es raro que, en este mundo que avanza a velocidad de vértigo sin consultarnos ni esperar a que asimilemos sus cambios, nos asuste que un día esas máquinas cada vez más complejas acaben por quitarnos el trabajo, o incluso la libertad. O peor aún, la inteligencia y el alma. Quizá lo que más nos asusta es que la tecnología termine de derrotar al antropocentrismo desplazándolo de uno de sus últimos reductos. El día en que nazca una máquina inteligente el hombre dejará de ser el rey indiscutido de la creación, separado de todas las demás criaturas por su cerebro privilegiado. Y si esa máquina además es capaz de reproducirse, por un momento el hombre se creerá un dios, pero, al cabo, se verá reducido a aceptar su insignificancia, más patente entonces que cuando contemplaba maravillado la primera piedra tallada por sus manos. ¿Ciencia Ficción? Quizá. Hoy sólo podemos imaginarlo. Pero, si es así, ¿por qué entonces ese pavor a la modernidad y la tecnología que nos invade?

Pero seamos optimistas. Sea como sea, confiemos en que, para nosotros o los que nos sucedan, merezca la pena vivir ese futuro en el que nuevas maravillas insospechadas, junto con toda una nueva serie de problemas, se presentarán ante nuestros ojos siempre curiosos.

EL PUNTO Y FINAL

Se acabó lo que se daba. Esperamos que llegar hasta aquí desde el principio no haya supuesto un sufrimiento excesivo para vuestra paciencia y vuestras neuronas. Pero, antes de despedirnos del tema, un último apunte. Se trata de una cita antigua, de Aristóteles, con la que tropezamos por casualidad y que viene muy al pelo, además de resultar pintiparada para disimular nuestra ignorancia y pasar por cultos. Decía aquel buen señor que "si las lanzaderas del telar tejiesen solas y si las cuerdas de la cítara pudiesen tocar solas, los arquitectos prescindirían de los obreros y los amos de los esclavos". En su tiempo, esto sonaba a utopía. Hoy no tanto. Y quizá por ello muchos esperan con impaciencia ese instante como una liberación y otros lo temen como la realización de su peor pesadilla.

Para terminar, agradecer, como es habitual, a nuestros colaboradores: José Palomo por su portada. Gracias a Antonio Jesús López, P.A.M. 213, Inma Rodrigo, Martin's, R.M.L., Petra Salgado, Bocarizzo, Sonia, El temible burlón. Y a aquellos que se han dignado dirigir sus opiniones a nuestra sección de cartas al director.

Enviad las colaboraciones, o vuestra opinión sobre la revista en general o un artículo en concreto, a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto.